Brigadas de Hechiceros: Los Element (Fase I - Libro VI)

Francisco Javier Fernández Garcia

Capítulo 1

Prólogo

En el interior de un enorme e inexpugnable castillo ubicado en medio de un oscuro espacio, una figura, ataviada de ropajes negros que ocultaban su cuerpo, cruzaba un largo pasillo iluminado con antorchas, cuyas llamas alternaban diferentes colores.

Aquella figura llegó hasta el final del pasillo donde se abría a una sala hexagonal, con un pedestal en el centro; un pedestal que sujetaba una brillante esfera que emanaba una enorme cantidad de energía. En las paredes de la sala hexagonal había más antorchas como las de antes.

—Ha llegado el momento.

Aquella figura colocó sus manos con las palmas apuntando hacia la esfera y comenzó a recitar un poderoso conjuro que hizo que, aquel lugar, comenzara a sufrir ciertos temblores.

En el exterior del castillo y alrededor de él, sobre la muralla que lo rodeaba, empezaron a emerger una serie de torres hasta llegar al número de doce. En la cima de aquellas torretas no había tejados terminados en punta, sino unos arcos labrados de piedra y en los que había grabadas diversas runas.

Los temblores terminaron y, en su lugar, unos portales se abrieron en aquellos arcos; unos portales por los que, a priori, no se podía ver nada al otro lado.

—Que empiece el juego —susurró aquella figura, aún en la sala hexagonal tras terminar de conjurar.

Capítulo 2

Capítulo 01: La séptima brigada

Era sábado por la noche en la limpia ciudad de Oviedo. La juventud se encontraba bailando y bebiendo en los distintos locales de ocio nocturno que había a lo largo de la zona antigua de la ciudad.

Un grupo de atractivos jóvenes, que iban vestidos de negro, habían encandilado a unas chicas para llevárselas a un piso que habían alquilado durante unos días.

Nada más entrar en aquel piso, las chicas vieron que el lugar estaba iluminado por velas y que había todo tipo de elementos esotéricos en el lugar.

—Ahora vamos a jugar un poco —susurró uno de los chicos antes de apuntar con su mano a una de las chicas, mover los dedos y hacer que su ropa se deslizara de su cuerpo dejándola desnudas.

—¿Qué coño eres tú? —preguntó asustada una de aquellas chicas.

—Lo último que verás.

El resto de aquellos chicos hicieron lo propio con el resto de chicas mientras que su propia ropa se deslizaba, dejando a los chicos en ropa interior. Las muchachas comenzaron a excitarse ante tal atractivos cuerpos. Uno de los chicos se acercó a una de las chicas y él la besó en los morros. Al hacerlo, ella comenzó a gritar mientras su cuerpo comenzaba a arder hasta que al final tan solo quedaron cenizas.

El resto de chicas gritó de terror. pero, cuando comenzaron a correr hacia la salida del piso, uno de aquellos chicos levantó una barrera de energía en la puerta que hizo que las chicas salieran disparadas contra la pared que tenían a su espalda.

—Vamos, ¿no os apetece divertiros con los íncubos? —preguntó otro de los muchachos mientras comenzaba a acercarse y su entrepierna, bajo su bóxer carmesí, comenzaba a moverse como si de un aguijón se tratara,

aparte de ir creciendo de tamaño.

En ese momento, una esfera de llamas alcanzó de costado el “aguijón” de aquel chico. El chico bajó la mirada preocupado mientras sentía calor y veía cómo sus boxer, y especialmente su entrepierna, se iban iluminando en tono rojizo al ir cogiendo temperatura. El resto del cuerpo fue sufriendo lo mismo mientras que aquel tipo comenzaba a gritar y su pelvis a arder. En apenas unos segundos su cuerpo se convirtió en puras cenizas.

—¡Están aquí! —exclamó otro de aquellos chicos justo antes de que un campo de energía apareciera alrededor de ellos.

Un portal envuelto en llamas apareció y, por él, llegó un grupo de cuatro tipos vestidos de cuero carmesí que comenzaron a lanzar bolas de fuego contra aquellos chicos. Dos bolas de fuego alcanzaron a dos de aquellos seres, destruyéndolos, pero el resto se encontraron con escudos de energía creados por los villanos restantes.

—¡Chicas! ¿Os encontráis bien? —preguntó un muchacho moreno que, al igual que sus compañeros, iba de pantalón y chaleco de cuero carmesí, que llevaba sobre una camiseta negra.

—¿Quiénes sois? —preguntó una de ellas asustada.

—Hemos venido a ayudaros —respondió aquel chico antes de crear un rápido escudo de fuego en su palma, con la que se protegió de una esfera de energía.

Mientras que aquel tipo de rojo se protegía, otro de sus compañeros alcanzaba al agresor con una esfera de llamas y lo destruía, librando así finalmente a aquel piso de la presencia de esos seres.

—¿Quiénes sois? —preguntó otra de las chicas.

—Somos las Brigadas de Hechiceros —respondió aquel chico, enseñando una placa con un pentagrama como emblema.

A la mañana siguiente, Oscar Suárez, un chico moreno y de estatura media de unos veintitrés años, despertaba en calzoncillos sobre su cama de soltero, y boca abajo. La luz del sol llegaba por la ventana golpeando en su cuerpo, haciendo que no tardará en comenzar a despertar. El sonido del despertador hizo el resto.

—Umm, cállate —susurró el del corto pelo castaño mientras apagaba el despertador.

Poco a poco, Oscar se levantó, dejando a la vista de los vecinos de enfrente sus tonificados pectorales. El chico se puso un pantalón corto que tenía sobre la silla de ruedas de su escritorio semicircular, en el que había un increíble ordenador con pantalla plana.

Oscar salió de su luminosa habitación tras abrir las ventanas para que ventilase un poco y llegó a su salón de soltero donde venía incluida también su pequeña cocina semicircular. El joven comenzó a preparar leche a calentar y mientras que esta se calentaba, se preparó unas tostadas.

—Umm, qué rico —susurró el castaño tras beberse un vaso de zumo de naranja que se sirvió mientras esperaba.

Oscar se acercó hasta el mando que tenía en la pequeña mesa de cristal, que estaba rodeada por un par de sofás, y encendió el enorme televisor de plasma.

—Afortunadamente, las Brigadas de Hechiceros lograron intervenir antes de que los incubos acabaran con todas las chicas y solo hay que lamentar la pérdida de una de ellas.

En el telediario, estaban hablando sobre lo ocurrido la noche previa y estaban saliendo declaraciones de las propias víctimas.

—Ha sido terrible. Fueron muy amables todo el rato, pero en cuanto nos subieron, usaron su magia para desnudarnos y uno de ellos… —Aquella chica rompió a llorar —. A los que nos salvaron, no sé quiénes sois ni dónde estáis, pero gracias.

—Una vez más, las Brigadas de Hechiceros han hecho un buen trabajo, pero ya son muchos los que se preguntan quiénes son los que se ocultan bajo esas capuchas. Cansados de ver a estos chicos de cuero tapados con esas capuchas, la gente tiene ganas de ver quienes son aquellos que dan sus vidas para proteger a la gente, incluso hay quién cree que deberían de darse a conocer por el riesgo que supone el mero hecho de que haya personas tan poderosas.

Oscar negaba con la cabeza mientras terminaba de servirse el desayuno. Nada más terminar de sentarse en un taburete de la propia barra de la cocina, de tal manera que quedó sentado frente al televisor, su teléfono comenzó a sonar.

—¡¿Sí?!

—Debe reunirse con el oráculo a las 12:00 horas de la mañana —le informó una voz femenina.

—¡Gracias! Allí estaré.

El castaño, tras terminar de desayunar y de hacer su cama, se fue a duchar y se vistió con su uniforme de cuero, terminando por ese chaleco sin mangas y abierto, que a la espalda llevaba el emblema de una llama además de dejar colgando una capucha de algodón.

Tras terminar de vestirse, el chico recitó unas palabras a la vez que formaba una serie de sellos con las manos. De su mano emergió una luz carmesí que terminó tomando la forma de un portal por el que llegó a un abarrotado vestíbulo.

Óscar se encontraba al final de un pasillo de lo que parecían unas instalaciones militares y ante un vestíbulo de forma esférica con varios caminos. A los costados del castaño había dos pasillos con techos con formaciones de arco y, frente a él, unas centrales escaleras descendentes llevaban a un nuevo camino mientras que, a los costados de las propias escaleras descendentes, unas escaleras metálicas en semicírculo llevaban a la entrada de un piso superior. Frente a las escaleras descendentes había una mesa semicircular que hacía las veces de recepción, donde había tres chicas vistiendo ropa técnica de tonos grises que cubrían sus cuerpos.

—El oráculo te está esperando —afirmó una de esas chicas de recepción.

Oscar se encontraba en una sala de reuniones con una mesa redonda rodeada por forrados sillones. Una figura cubierta por una larga túnica negra con capucha, se encontraba sirviéndose una taza de café en el escritorio que tenía al fondo de la sala.

—¿Quieres un café?

—No, gracias. Acabo de desayunar.

—Está bien. Siéntate.

Ambos tomaron asiento, el uno frente al otro, y Oscar, durante unos segundos, vio como aquel al que llamaban oráculo, bebía un poco de café

antes de comenzar a hablar.

—Tu labor dentro de nuestra organización es impecable. Te has convertido sin duda en uno de nuestros mejores activos —afirmó el encapuchado —. Tus superiores están realmente contentos contigo, felicidades.

—¡Gracias, señor! Pero deduzco que no me ha hecho venir solo para felicitarme.

—No, claro que no —contestó el oráculo —. Como ya sabes, aquí en las Brigadas de Hechiceros, organizamos a los equipos según el elemento al que procede. Los de fuego y tierra sois nuestra fuerza ofensiva mientras que los del agua y aire se encargan de labores de investigación y de exploración.

—Bueno, también están las seis brigadas especiales, ¿no?. Seis equipos que se formaron con miembros mixtos, uno de cada rama, para que actuaran con cierta autonomía —dijo Oscar.

—A eso quiero ir a parar —afirmó el Oráculo —. Vamos a formar un séptimo equipo y quiero que tú seas uno de sus integrantes.

—¡¿Qué?! ¡¿En serio?! —preguntó el muchacho sorprendido.

—Tú y otros tres hechiceros formaréis la séptima brigada especial de hechiceros. Os daremos una casa a las afueras donde conviviréis juntos, y que os servirá de guarida para que podáis llevar a cabo vuestras misiones desde allí. Habrá una persona de la organización que servirá de intermediario entre el cuartel general y vosotros.

—¡Guau! —exclamó el joven anonadado por la noticia —. ¿Y cuándo debo mudarme? ¿Cuándo conoceré a mis compañeros?

Oscar se encontraba en su piso de Oviedo, preparando las maletas y guardando en ellas todo lo que quería llevarse a su nuevo hogar. Estaba en su salón sacando cosas de un cajón, cuando desenterró lo que parecía ser un álbum de fotos.

Óscar comenzó a mirar las fotos que había en ese álbum, fotos donde salía con quién debía de ser su familia y, al verse con esas dos personas, que debían de ser sus padres, se echó a llorar. Luego, mirando una foto en la que salía con cinco años menos y con unos amigos, comenzó a

recordar el momento de aquella foto...

—Venga vamos, que tengo ganas de empaparos —decía un chico alto y rubio al momento de hacerse la foto —. Y no puede terminar tu cumpleaños sin que te empape.

—¿Por qué quieres empaparme? —preguntaba Óscar, quién iba en bañador y sin camiseta.

—Acabas de cumplir dieciocho años y tengo ganas de compartir fotos en instagram contigo empapado y sonrojado, cuando te excites al sentir los ojos de las chicas que tenemos tomando el sol a nuestro alrededor.

—Eso ya lo veremos —susurró el castaño esbozando una sonrisa.

Oscar se encontraba con un par de amigos, el rubio y otro moreno de estatura baja, en un enorme parque de Gijón. Los tres habían hinchado con agua un montón de globos y comenzaron a lanzarse unos a otros.

Poco después, Oscar, ya empapado de agua, acababa de golpear el pecho del moreno con un globo, cuando vio al rubio lanzarle un globo. Entonces, Óscar alzó su mano para agarrar el globo al vuelo cuando, de pronto, de la palma salió una pequeña esfera de llamas que golpeó el globo destruyéndolo y vaporizando el agua.

—¡Eres uno de ellos! —exclamó el rubio mientras veía a un Óscar sorprendido, quien además se vio, de pronto, observado por la gente que había a su alrededor.

Oscar dejó de recordar aquel día cuando escuchó sonar su teléfono móvil y, al mirar, vio que se trataba de las coordenadas de su nuevo hogar, además del código de acceso.

El chico continuó recogiendo cosas durante un rato hasta que encontró algo que le hizo ponerse a recordar de nuevo. Fue al vaciar su escritorio, donde guardaba una vieja carta de hacía cinco años, una carta muy

especial que quiso mantener guardada como recuerdo. El chico se puso a recordar al dejar su mirada fija en el remitente, que resultaba ser de la dirección de la academia de magia Celtras…

—¿Y lo ha visto alguien? —preguntaba una mujer de estatura media, vestida de manera elegante, tras abrir la puerta del piso donde se encontraba y dejar que Óscar entrara con sus amigos.

—Bueno, algunas personas lo vieron, pero le sacamos de allí enseguida —respondió el amigo moreno de Oscar.

—Bien —susurró la mujer mientras entraban todos en un humilde y solitario salón, y antes de fijarse en la mirada de desconcierto de Oscar.

—¿Alguien me puede explicar lo que está pasando? ¿Cómo es que he empezado a lanzar fuego de repente? —preguntaba el castaño, quién empezaba a encontrarse muy nervioso haciendo que de sus manos empezara a emerger fuego nuevamente.

—¡Hijo! Tranquilízate.

La mujer comenzó a realizar un par de sellos con las manos con los que moldeó un pequeño látigo de energía esmeralda que se enroscó en torno a las muñecas de Oscar, haciendo que sus manos dejaran de expulsar fuego.

—¡Madre! ¡¿Eres una hechicera?!

—Sí. Así es. Y ese látigo es un conjuro que impide que puedas canalizar tu magia. Te soltaré cuando te tranquilices, que eso será cuando te lo explique todo.

—Sí, espero que lo hagas —dijo Oscar, quien no dejaba de encontrarse nervioso.

—Oscar, tranquilízate. Pronto lo entenderás todo —intervino su otro amigo, el rubio.

Buscando que su hijo se relajara, María fue a la cocina para preparar una infusión para su hijo.

—Parece como si hubierais sospechado que esto iba a pasar —comentaba Oscar, mientras permanecía sentado en uno de los sillones del salón y miraba a sus amigos.

—Tu madre nos pidió que te cuidáramos y que actuáramos tal y como hicimos llegado el momento —respondió el moreno mientras que María llegaba con la manzanilla para su amigo.

—¡Gracias! —Oscar bebió un poco de manzanilla y luego dejó la taza sobre la mesa de cristal que tenía delante —. Entonces soy un hechicero, ¿no? Como los que salen en las noticias.

—Sí, así es. Y el motivo por el que no has sido capaz de hacer magia hasta ahora es porque un conjuro lo impedía; un conjuro que desapareció en el mismo momento que cumpliste la mayoría de edad.

—¿Y eso?

—El Ministerio de Magia español considera que nadie debería de ser capaz de hacer magia antes de esa edad; consideran que es algo peligroso, aunque cada caso es particular —explicó María.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó el castaño.

En ese momento, sonó el timbre y Borja, el amigo moreno de Oscar, se levantó para ver quién era.

—¿Vive aquí Oscar Suárez? —preguntó un chico, vestido de cuero plateado en forma de pantalón y chaleco de manga corta.

—Sí, así es. Le estamos contando su verdadera naturaleza —respondió el moreno.

—Bien —asintió el hechicero esbozando una sonrisa antes de entregarle a Borja una carta —. Aquí está su carta.

—¡Gracias! —exclamó Borja justo cuando Oscar, atraído por lo que había escuchado desde el salón, apareció viendo aquel joven.

—¡¿Un hechicero?! —preguntó Oscar sorprendido atrayendo la mirada de aquel joven.

—¡Nos vemos!

Aquel hechicero se puso su capucha y luego desapareció de allí fundiéndose con la propia brisa que recorría aquellos pasillos.

—¿Qué es esa carta? —preguntó Oscar mientras que Borja cerraba la puerta.

—Es tu carta de admisión en la academia de magia de Celtras —respondió la madre.

—Todos los jóvenes, cuando llegáis a la mayoría de edad, ingresáis en la academia de forma interna y allí estudiáis durante cuatro años. Al cumplirlos a finales de agosto, tus poderes despiertan con tu cumpleaños, pero en aquellos casos donde el cumpleaños tiene lugar durante el transcurso del curso, la fecha de rotura del sello se adapta. En caso de cumplir los años entre septiembre y enero inclusive, los poderes despiertan durante la segunda quincena de agosto del año anterior.

—Entiendo —susurró Óscar mientras trataba de asimilar esa información y antes de comenzar a suspirar —. He oído que cada uno de esos hechiceros es afín a uno de los cuatro elementos; fuego, agua, tierra y aire. ¿Me equivoco?

—No, para nada, y parece que tú eres un brujo del fuego —respondió María.

—¿Y tú eres también del fuego? —preguntó Óscar.

—No, yo soy hechicera del agua —respondió ella esbozando una sonrisa.

—¿Y papá era hechicero también?

—No, él era un humano.

Tras unos instantes en los que Óscar se quedó pensando en lo que su madre le estaba explicando, el muchacho cogió la carta de la mano de su amigo y la abrió para comenzar a leerla en voz alta.

—Estimado señor Suárez, nos complace informarle de que ha sido admitido en la academia Celtras de magia, después de haber tenido lugar su despertar. Le citamos el próximo sábado en el puerto de Gijón donde un barco les llevará a todos, a las instalaciones de la academia. En el dorso, tiene la lista de todo lo que debe de llevar —terminó de leer Óscar, antes de mirar por detrás de la carta y ver una enorme lista —. Es fascinante y terrorífico.

—Seguro que eres un gran hechicero —le dijo Sergio, su amigo, tratando de animarlo.

—¿Y desde cuándo sabéis vosotros dos que yo soy en realidad un

hechicero?

—Pues se lo comenté hace unos meses —respondió María —. Necesitaba su colaboración para este día, para cuando despertaran tus poderes.

—Un momento, lo de los globos de agua… ¿Era para evitar que lanzara fuego? —terminó preguntando Oscar a sus amigos.

—Bueno, un poco —respondió Borja —. Pensamos que un poco de agua fresca ayudaría a que tu "despertar" no fuera demasiado brusco.

Oscar sonrió y se quedó mirando la lista de aquella carta, leyendo cada una de las cosas que tenía que comprar.

Cinco años después, Oscar se encontraba metiendo sus maletas en el maletero de su deportivo. Se puso las gafas de sol y se introdujo en el coche; introdujo las coordenadas recibidas en el GPS y comenzó a conducir hacia el lugar.

El chico salió de Oviedo y, en apenas unos veinte minutos, se encontraba recorriendo un camino en medio de una extensa zona rural, donde solo se veían algunas casas y un pueblo a lo lejos. Las coordenadas llevaron al muchacho hasta la entrada de un increíble chalet muy luminoso de dos plantas, que se encontraba cercado por una alta valla de seguridad.

—¡Introduzca el código de seguridad!

Una voz salió de un altavoz incorporado en el teclado que Oscar se encontró en el portón de la valla para acceso en vehículo.

Oscar tecleó varios números y luego puso su dedo en el lector de huellas que había en el propio teclado.

—¡Acceso autorizado!

El portón se abrió de par en par, dejando que Oscar pudiera ver mejor su nuevo hogar, ya que hasta ese momento, la alta valla impedía ver la planta baja del solar. El castaño pudo ver un chalet rectangular, de estilo moderno, con una primera planta rodeada prácticamente de ventanales oscuros que, desde fuera, no dejaban ver nada de su interior. La planta superior tenía menos ventanales y, sobre ella, se podía apreciar una

chimenea.

—Esto es fascinante.

El joven dejó su coche en el pequeño aparcamiento de varias plazas que había cerca de la entrada al chalet, y donde se encontró con una increíble moto aparcada.

Oscar bajó del coche y comenzó a pasear por el enorme jardín que rodeaba la casa, caminando por el camino que iba desde el propio aparcamiento y que iba hacia la parte trasera del chalet. Al llegar a la parte trasera, el muchacho se encontró con un increíble patio con una gran piscina olímpica, con varias hamacas colocadas en fila junto a uno de sus costados.

Tras contemplar aquel patio y quedar fascinado, el muchacho regresó hasta la entrada principal y se acercó a la puerta de titanio que, libre de tener cerradura, tan solo tenía un pomo donde había grabada una runa. Al ver la runa, el muchacho sonrió, cerró su mano en torno a él y tan solo tuvo que girar el pomo para lograr abrir la puerta.

Nada más atravesar aquel umbral, el muchacho se encontró en un luminoso vestíbulo con suelo de mármol, con una entrada a la izquierda que parecía llevar a un amplio salón y, justo delante, dentro de un espacio más estrecho, una columna redonda con una escalera de caracol que la bordeaba y que parecía llevar a la planta superior.

—Al fin ha llegado alguien —susurró una voz procedente del salón.

Oscar miró hacia el salón y entonces vio acercarse a un chico más alto que él, de físico fibroso y cabello oscuro. Aquel chico lucía una ropa similar a la de Óscar, pero, en lugar de tonos rojos, usaba tono zafiro y en la espalda de su chaleco llevaba el símbolo del agua.

—Hola, me llamo Oscar. Encantado.

Con amabilidad, el castaño le dio la mano al moreno.

—El placer es mío. Yo soy Adrián, Adrián González.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —le preguntó Oscar mientras recorría el amplio salón con su mirada, apreciando la larga mesa de madera, los cómodos sillones y el enorme televisor de plasma que colgaba del techo, además de los enormes muebles que decoraban la estancia.

—Pues no, apenas llevo unos minutos. Acabo de bajar de ver las habitaciones. Las cuatro son similares así que me tomé la libertad de

elegir habitación. Ven, te las enseñaré.

Subiendo las escaleras de caracol, Oscar vio un pasillo con un cristal al fondo que llevaba al exterior. En aquel pasillo que daba la vuelta a la esquina, había cuatro puertas y detrás de cada una había una de las habitaciones. Tal y como dijo Adrián, las cuatro eran similares. Eran habitaciones bien iluminadas, por esos transparentes ventanales que impedían que se pudiera ver, desde fuera, el interior de la habitación. Las habitaciones tenían su cama con sabanas ligeras y cómodas, un buen escritorio con ordenador de última tecnología y varios armarios.

—Bueno, en cuanto a los baños. Abajo tenemos uno con jacuzzi, pero, luego arriba, disponemos de otros dos que, cada uno, conecta dos de las habitaciones.

Oscar entró por la puerta del baño de la habitación libre en la que se encontraban y pudo ver un amplio baño con una ducha de hidromasaje, además del resto de elementos habituales en un cuarto de baño, aparte de la puerta que llevaba a otra de las habitaciones, tal y como Adrián le había explicado.

—Bueno, pues me quedaré con esta habitación —afirmó Oscar tras asentir con la cabeza, y mientras recorría la habitación con la mirada manteniendo sus manos sobre los costados de su cintura.

—¡Estupendo! La mía es la que conecta este baño.

En ese momento, el castaño se fijó en un cuadro que había colgado sobre la que iba a ser su nueva cama; un cuadro que le había llamado la atención prácticamente desde que entró en la habitación y es que, en ese cuadro, se podía ver un enorme castillo levantado sobre una enorme y rocosa isla. El castillo se erigía sobre la montaña, teniendo incluso su propio puerto que conectaba con la propia fortificación.

El castaño recordaba el atardecer en el que aquel barco al que le subieron hace cinco años, le llevó junto a más chicos y chicas de su edad hasta aquel castillo que salía en el cuadro.

—Celtras es increíble, sin duda —escucho Oscar decir a un chico que tenía al lado.

Los muchachos se encontraban sentados a lo largo de los incrustados bancos, que se encontraban colocados en dos hileras. Los muchachos estaban siendo escoltados por unos tipos vestidos con cuero zafiro, al igual que Adrián llevaba en el presente.

El barco atracó en el pequeño puerto de la isla y aquellos hechiceros les ayudaron a los chicos a llegar a tierra firme. Guiados por uno de ellos, comenzaron a subir por esa enorme escalera de piedra que ascendía sobre la roca de la montaña.

Aquella escalera de piedra les llevó hasta el interior de uno de los pasillos del castillo, iluminado por antorchas suspendidas en la pared. Aquel hechicero les guió dando la vuelta a una esquina, llegando así a un amplio vestíbulo donde, por un lado, había un enorme pórtico que llevaba al exterior y, por el otro, había un enorme vestíbulo en forma de pasillo que conducía a unas escaleras que llevaban a un enorme portón dorado.

Mientras subían aquellos escalones, el portón dorado comenzó a abrirse mostrando el interior de un gran salón. En su interior, había cuatro hileras de bancos que terminaban a medio recorrido del final del salón. A continuación, en el suelo había dibujado y formando un círculo, los símbolos de los cuatro elementos y cerrados también por círculos. Tras esos símbolos, había unos escalones que llevaban a la larga mesa tras la cual se encontraban varios hombres y mujeres vestidos con clásicos ropajes de hechiceros.

Al final de esos escalones y ante la larga mesa, había una mujer vestida de largos ropajes esmeralda delante de un atril, que terminaba en una curiosa formación que hacía las veces de pentagrama.

El guía de Oscar y del resto de nuevos alumnos los llevó entre los bancos en dirección a aquella mujer. El castaño se fijó en que, en cada hilera de bancos, había alumnos vestidos con un tono respectivo, ya fuera rojo, azul, plateado o verde.

—Esperad por aquí —les pidió aquel hechicero.

Los nuevos alumnos formaron un montón ante las hileras de bancos y a pocos metros de aquellos símbolos en el suelo.

—Lo primero dar la bienvenida a los nuevos alumnos —comenzó a decir aquella mujer —. Mi nombre es Melinda Warren y soy la directora de esta academia. Durante cuatro años aprenderéis los pormenores de la magia; aprenderéis no solo a usar la magia sino también a saber controlarla. Mientras permanezcáis aquí, este castillo será vuestro hogar y vuestra casa será vuestra familia; a saber, la familia del fuego, del aire, del agua o de la tierra. En breves instantes, comenzaremos la ceremonia de

bienvenida.

—¡¿Ceremonia de bienvenida?! —preguntó Oscar en voz alta.

—Es la costumbre. Aunque todos sabemos a qué casa pertenecemos, es tradición en esta academia recibir a los nuevos integrantes de la casa de esta forma —le respondió el chico peliazul que tenía al lado.

Cuatro alumnos, que por apariencia, debían de ser de último curso y cada uno representando a una de las casas, se levantaron de los bancos y cada uno se puso sobre uno de esos símbolos del suelo que representaban los cuatro elementos.

Los cuatro hechiceros comenzaron a hacer varios sellos de forma sincronizada y mientras que sus cuerpos se envolvían de auras de energía, cada una en referencia a su propio elemento, en el centro del círculo que se formaba entre los cuatro, apareció una enorme columna de energía.

—Uno a uno, iréis atravesando la columna de energía. Entrareis con vuestra ropa traída de casa pero saldréis con vuestro propio uniforme de hechicero. Por eso no os dijimos en las cartas sobre la ropa que debíais de traer, ya que de eso nos encargamos nosotros mismos.

Tras la explicación de Melinda, el hechicero que les guió desde el puerto asintió con la cabeza mirando al nuevo alumno más cercano, y aquel muchacho que iba de sport, camino hacia la columna luminosa. Entró por un lado y, casi al instante, salió por el otro con nueva vestimenta, con uno de esos uniformes de cuero que, en este caso, era de tono plateado y con el emblema del aire dibujado en la espalda del chaleco, y finalmente una camiseta negra debajo del chaleco.

Oscar vio cómo, uno a uno, los chicos y chicas que estaban junto a él, iban atravesando aquella columna apareciendo al otro lado con sus uniformes de hechiceros. El peliazul de su lado terminó de pasar consiguiendo su uniforme de agua, antes de que le tocase el turno al castaño.

—Te toca —le dijo aquel hechicero.

Oscar asintió y, nervioso, comenzó a caminar hacia la columna de luz. Con el corazón latiendo a gran velocidad, el chico siguió avanzando y, cerrando los ojos, traspasó la columna. Al hacerlo, el chico sintió una fuerte y calurosa concentración de energía que, a pesar de todo, no le estaba causando ningún daño. Oscar abrió los ojos y, al hacerlo, se vio al otro lado de la columna y con su ropa reemplazada por el uniforme de

hechicero del fuego.

—¡Guau! Y me queda bien —susurró Oscar al mirarse así mismo y provocando que Melinda, quien le escuchó el comentario, esbozara una pequeña sonrisa.

Se escuchó abrirse la puerta de la calle y eso hizo que Oscar y Adrián bajaran para ver quién había llegado. Se trataba de un chico de estatura baja, con cuerpo de músculos definidos y cabello moreno. Venía vestido con un uniforme de tonos esmeralda.

—Hola, soy Isaac, Isaac Villanueva.

—Encantado Isaac. Yo soy Adrián y él es Oscar.

—Un placer —El hechicero del fuego le estrechó la mano a su nuevo compañero.

—De modo que este será nuestro hogar, ¿no?

Oscar y Adrián le mostraron a Isaac la casa, incluyendo las habitaciones, donde siguiendo la tradición, el hechicero de la tierra eligió una entre las dos habitaciones que quedaban por elegir.

—Parece que el cuarto miembro se retrasa un poco —dijo Adrián tras picar en la puerta abierta de la habitación de Oscar, mientras que éste se encontraba deshaciendo sus maletas.

—Sí, eso parece aunque, bueno, no sabemos desde dónde viene —afirmó Óscar.

—Estaría bien celebrarlo cuando venga. Podíamos hacer una buena cena. Yo cocino, sé preparar una tortilla de patata estupenda.

—¿Ah, sí? Yo también sé cocinar, me relaja —dijo Oscar ante la afirmación del hechicero del agua.

—Estupendo, me alegra ver que al menos uno de mis compañeros es cocinillas como yo —susurró Adrián en tono amable.

—¡¡Oscar!! —Isaac irrumpió entonces en la habitación, sin llevar en ese

momento el chaleco puesto.

—¡¿Sí?!

—¿Tú te encargaste anoche del grupo ese de íncubos en Oviedo, no?

—Sí, así es. ¿Por?

—Creo que deberías ver esto.

Los tres bajaron al salón donde, por la televisión, estaban informando de la aparición del cadáver de una chica. Una chica que había aparecido en su dormitorio y a la que le habían extraído todo el calor corporal, además de que, según lo que estaba diciendo, los análisis decían que a la chica le habían absorbido todo el estrógeno que tenía.

—Esa es la misma calle donde intervinimos anoche —afirmó Oscar —. Creí que habíamos eliminado a todos los incubos.

—Pues parece que no fue así —dijo Adrián —. Y, por la hora a la que ha sido, parece que es uno que sobrevivió a vuestra intervención de ayer.

—Debo encargarme —Oscar comenzó a caminar hacia la puerta de la entrada.

—Iremos contigo —dijo Isaac tras intercambiar miradas con Adri.

Pero cuando llegaron ante la puerta de entrada, esta se abrió dejando paso a un chico alto, rubio y de aspecto fibroso. Venía vestido con un uniforme plateado. Era el hechicero del viento y el último miembro del nuevo equipo.

—Hola. Mi nombre es Alejandro. Perdonad la tardanza pero vengo desde Llanes.

—No te preocupes. Ellos son Isaac y Adrián. Yo soy Oscar.

Cuando Oscar y Alejandro se dieron la mano, sus manos comenzaron a brillar al igual que las de Isaac y Adrián.

—¿Qué ocurre? —preguntó Isaac, el hechicero de la tierra.

—Tengo entendido que cuando las brigadas especiales se reúnen, se libera cierto sello —respondió Adrián.

De las manos brillantes de los chicos, emergieron unos rayos de luz que tiraron un poco de ellos haciendo que las manos apuntaran hacia aquella torre del vestíbulo. Los rayos de luz, cada uno de uno de los cuatro

elementos, golpearon contra la columna que rodeaba aquella escalera de caracol. Al impactar los cuatro rayos de luz, en la columna fueron apareciendo en secuencia los símbolos de los cuatro elementos y, al final, apareció un pentagrama brillante. Los rayos de luz desaparecieron y el pentagrama dejo de brillar tras unos instantes. Ese trozo de columna se abrió, ocultándose bajo el suelo y mostrando una apertura.

—¡¡Guau!!

Los chicos se acercaron y apreciaron, junto a la entrada aparecida en la columna, una runa con forma cuadrada. Oscar, intrigado, tocó la runa, esta empezó a brillar en un tono rojizo y la entrada se volvió a cerrar. El chico volvió a tocar la runa y la columna volvió a abrirse.

Dentro de la columna, no había aparentemente nada, salvo la plataforma circular sobre la que se encontraban y el altar del centro de forma piramidal.

—No entiendo, aquí no hay nada —dijo Adrián justo antes de poner su mano sobre la cima de la pirámide.

Al hacerlo, la pirámide comenzó a brillar en un tono azulado y entonces, la columna se cerró y la plataforma comenzó a descender como si se tratara de un elevador. El elevador no tardó en llevarlos a una zona abierta. Los chicos alzaron la vista y vieron que, sobre sus cabezas, había un techo de piedra con un agujero que era por el que había descendido aquel elevador. La plataforma aterrizó en aquella pequeña sala de piedra; una sala en la que había muchas estanterías con armas y diversos armarios; además de un curioso pilar lleno de agua, una mesa con un caldero colocado sobre una pequeña cocina, y finalmente, alrededor de la plataforma sobre la que ellos se encontraban, había cuatro atriles que sujetaban unos libros; cada uno referente a un elemento diferente y con su respectivo emblema en el lomo.

—Esto está genial. Desde aquí podremos trabajar en cada caso —comentó Oscar mientras se acercaba a su propio atril y abría su libro.

—¿Qué buscas? —le preguntó el hechicero del viento.

—A los íncubos. Si ha habido un nuevo ataque probablemente sea porque haya un amo —comentó el castaño mientras pasaba páginas —. Bien, aquí está. Tal y como imaginaba, los íncubos que eliminamos ayer trabajaban para alguien; buscaban, además de divertirse un poco, raptar a esas chicas y prepararlas para su rey pero parece que intervinimos antes de tiempo.

—La buena noticia es que los íncubos con rey mueren al acabar con esté

—afirmó Adrián.

—Parece que para destruir al rey, hay que realizar cierto conjuro de fuego. Con esta runa que viene aquí y atacando su frío pene, are que el rey sienta todo el calor procedente de las víctimas que él y los suyos se han llevado por delante. Pero hay que tener cuidado, el rey íncubo puede matar a varones con su entrepierna y, en el caso de hechiceros, robando sus poderes.

—¿Sabes como hacerlo? —le preguntó Isaac

—Sí, lo tengo. Solo falta encontrarlo.

—Eso es fácil —afirmó Alejandro —. Podemos realizar un conjuro entre los cuatro.

—¡¿Entre los cuatro?! —preguntó Oscar sorprendido.

—Sí. Para eso nos han unido, ¿no? Para que trabajemos juntos. Podemos combinar algunas de nuestras propias runas para lograr encontrar al rey incubo.

Tras unos minutos de trabajo en equipo, Adri realizó una runa con la que extrajo, de la cabeza de Oscar, un extraño hilo brillante y a continuación, Isaac hizo una rápida runa con la que hizo que aquel hilo brillante tomara la forma de un agujero de gusano.

—Bien, vamos. Cogeos a mí —dijo Alejandro.

Cuando los tres tocaron al hechicero del viento, este hizo que los cuatro desaparecieran fundidos en el propio viento. El portal desapareció y ellos reaparecieron al otro lado, que era el piso donde las noticias habían dicho que había tenido lugar el último ataque.

—Sin duda juntos hacemos un gran equipo —afirmó Oscar entre risas, antes de comenzar a hacer sellos con sus manos y hacer que unas pequeñas esferas de luz carmesí salieran comenzando a rastrear el lugar.

Aquellas luces comenzaron a extenderse en cierto punto donde las luces fueron tomando la forma espectral de un chico en calzoncillos.

—La forma con la que los íncubos suelen actuar es con forma de jóvenes atractivos y en calzoncillos —afirmó Oscar mientras observaba esa representación del rey íncubo.

—Bien. Ahora puedo rastrearlo —Alejandro hizo un par de runas en torno a aquella imagen del demonio mientras cerraba los ojos —. Bien, creo que

lo tengo.

Repitiendo el proceso, Isaac se los llevó, fundiéndose con el viento y reaparecieron en el interior de un piso donde el rey íncubo se encontraba en pleno acto. En calzoncillos, el tipo tenía su entrepierna alargada, bajo la ajustada tela carmesí que se adhería en todo momento al miembro viril, como si de una culebra se tratara y congelando el cuerpo de una chica desde su vagina.

—¡¿Qué hacéis aquí?! —preguntó el rey incubo sorprendido.

—¿Tú que crees? —preguntó Oscar mientras hacía unos sellos con sus manos y antes de lanzar una esfera de llamas a la culebra que aquel chico tenía como entrepierna.

El rabo del rey incubo absorbió toda la esfera y comenzó a gritar de dolor mientras su pelvis se ponía al rojo vivo. La puerta de aquella habitación se abrió y varios íncubos entraron justo antes de que sus respectivas culebras comenzaran a arder, haciendo que comenzaran a gritar de dolor al igual que su jefe. El rey íncubo terminó estallando en llamas y justo después, el resto de íncubos le siguieron ardiendo también en llamas y acabando totalmente consumidos por ellas.

—Uff, eso debió doler —comentó Alejandro mientras veían como aquella chica comenzaba a descongelarse.

—¡Chicos! Aquí detrás hay alguien —decía Oscar refiriéndose a un muro tras el cual se escuchaban voces.

Adri dibujó una rápida runa con la que hizo que parte de esa pared se convierta en un portal líquido. El muchacho entró y se encontró en un espacio oscuro donde había un montón de chicas atrapadas.

—Vamos, salid de aquí.

Asustadas, las chicas fueron socorridas por el hechicero de agua y, reunidas con la otra chica, se comenzaron a abrazar. Oscar llamó entonces a la central para que trajeran un equipo médico.

—No os preocupéis, el servicio médico viene en camino —afirmó Oscar tras colgar la llamada, y antes de girarse hacia sus nuevos compañeros —. Bueno, chicos, hemos hecho un gran trabajo juntos.

—Sí, hacemos un gran equipo. Ahora entiendo porque forman estos equipos especiales —afirmaba Isaac mientras se abrazaba a Óscar y Alejandro.

—Sí. Uno para todos y todos para uno —concluyó Adrián mientras se unía a aquel abrazo.

Esa noche, los cuatro estaban durmiendo cómodamente en sus nuevas camas cuando, de pronto, los cuatro comenzaron a sentir un intenso dolor en el pecho que los despertó de repente. Los cuatro apartaron las sábanas sobre ellos, para ver cómo en sus pechos comenzaban a marcarse unos brillantes símbolos. Aquellos símbolos ardían con tanta intensidad que esa parte de la camiseta se vio consumida, formándose unos buenos agujeros en ellas. Ellos, tratando de aguantar el dolor, se arrancaron finalmente las camisetas para ver cómo se formaba en el pecho de cada uno esos símbolos; en el caso de Óscar era el símbolo del fuego, en el de Adrián el del agua, en el de Isaac el de la tierra y en Alejandro el del aire. Al acabar de formarse, los ojos de los cuatro comenzaron a brillar intensamente mientras que seguían gritando de dolor. Al final, los símbolos desaparecieron, los ojos dejaron de brillar y los chicos perdieron el conocimiento sobre sus camas.

Capítulo 3

Capítulo 02: La profecía

La luz del sol traspasaba aquellos ventanales, golpeando en el rostro de Oscar. El muchacho comenzó a despertar a la vez que comenzaba a sentir un poco de escozor en su pecho. Cuando abrió los ojos, recordó aquel terrible dolor cuando aquel símbolo apareció en su pecho, pero el símbolo ya no estaba y el escozor tan solo era una sensación, ya que su pecho se encontraba en perfecto estado, aunque sí que permanecía un buen agujero en su camiseta.

—Ha sido muy doloroso y extraño —afirmaba Oscar, quién sentado sobre uno de los sofás del salón, se encontraba luciendo sus ceñidos y rojos calzoncillos y su camiseta.

—Yo me fijé bien, era el emblema del agua lo que se dibujó en mi pecho —asintió Adri quién, luciendo únicamente su ropa interior, se encontraba sentado junto a Oscar —. Así que debieron de ser nuestros emblemas los que aparecieron.

—No creo que sea casualidad que haya ocurrido justo esta noche. Algo pasa con nosotros —comentó el hechicero del viento.

—¡Chicos! —Isaac llegaba luciendo pectorales y vistiendo un pantalón corto —. ¿Habéis visto qué día es hoy?

—Jueves, ¿no? —preguntó Oscar.

—No. Es lunes; hemos estado durmiendo cuatro días —respondió el hechicero de la tierra.

—¡¡¿Qué?!!

Fue entonces cuando apareció un chico vestido como un hechicero, solo que su uniforme era completamente blanco.

—Hola, chicos. Es un placer conoceros —dio aquel alto y fibroso muchacho de cabello moreno y ojos azules, tras aparecer en medio del salón —. Mi

nombre es Ángel y seré vuestro enlace con el cuartel. Estaba esperando a que despertarais para venir.

—Encantado, Ángel, pero creo que antes de entretenernos con presentaciones estaría bien que nos explicaras que está ocurriendo —pidió Isaac con tono exigente.

—Bueno, amigo, pues tal vez os vendría bien a todos recordar lo que os enseñaron en vuestra primera semana de curso.

Los cuatro se miraron los unos a los otros mientras que, cada uno a su manera, comenzaba a retroceder cinco años en el tiempo. Mientras lo hacían, Isaac y Alejandro se sentaban en otro de los sofás, teniendo así los cuatro al tal Ángel frente a ellos.

Oscar se encontraba sentado frente a su pupitre de clase, uno grande y hecho de madera como el de cualquier academia, mientras que Melinda pasaba junto a los alumnos entregándoles una hoja a cada uno.

—Esta es la lista de asignaturas que tendrán este curso y vuestros horarios —comenzó a explicar la directora —. Como verán, tienen clases de encantamientos, de pociones, de magia elemental, herbología, de defensa personal y de historia de la magia como asignaturas troncales. Este curso no tenéis optativas, pero sí que tenéis a vuestra disposición una asignatura especial, conocida como "Aplicaciones lúdicas de la magia", que no os servirá para el mundo laboral, pero que puede que sí os sirva para vuestra vida cotidiana. Tenéis 18 y 19 años y, como jóvenes que sois, es normal que os interesen las aplicaciones de la magia al tema lúdico y por ello tenemos esta asignatura. Debéis saber que si vuestro nivel es deficiente en alguna de las asignaturas, dejaréis de poder acudir a dicha asignatura.

El hechicero del fuego miró con detenimiento el horario que tenía de clases; todas ellas repartidas entre la mañana y la tarde con algunas horas libres y algunas de estudio.

—Como bien podéis imaginar, yo seré vuestra profesora de historia y esta será vuestra primera clase.

Melinda se acercó a su escritorio para coger varios tacos de hojas, escritas

a ordenador por ambas caras.

Melinda volvió a pasar junto a los alumnos entregando a cada uno uno de esos tacos.

—Conmigo tendréis clase los lunes y los jueves. Hoy os daré un poco de teoría sobre el primer tema y el jueves quiero que me presentéis un trabajo al respecto —decía la profesora —. Y el tema como bien podéis ver es el origen de los hechiceros. No hay mejor tema con el que comenzar esta asignatura.

Oscar cogió el taco que la profesora le entregó y vio que ponía como título "Tema 1: El origen de la magia".

—Lo cierto es que la magia en nuestro mundo no se descubrió hasta hace apenas dos décadas, cuando un grupo de guerreros procedentes de otro mundo, se asentaron en la Tierra. Este grupo, conocido como los kunglent, vino formado por seis integrantes, dos de cada uno de los cuatro elementos principales: fuego, agua, aire y tierra. Cuando los seis kunglent vinieron, lo hicieron con el objetivo de proteger este mundo, pero conscientes de que cuatro entidades no eran suficientes, buscaron una forma en la que lograran acelerar todo. Los kunglent eran conscientes ya de la existencia de un multiverso, y cuando vieron que existía una realidad rebosante de magia y cuyo paso del tiempo era muy superior al de está, decidieron viajar a ese plano y vivir allí sus vidas, haciendo vida normal con sus gentes y teniendo hijos con los hechiceros y hechiceras del lugar, esperanzados de dar vida a toda una generación de nuevos híbridos a los que llamarían elements. A nosotros.

—¿Podemos deducir entonces que esos kunglent no eran hechiceros como las respectivas parejas que encontraron aquí, no? —preguntó una chica.

—No, no lo eran. Son de una especie procedente de otro planeta. Nacieron a partir de unos poderosos entes elementales, quienes, en su mundo, un planeta llamado Orus, crearon a las diferentes especies que la componen. Allí también hay hechiceros, por cierto, solo que esos magos que allí habitan no proceden de los kunglent y ellos no necesitan runas o sellos para realizar conjuros, al igual que no hacen falta en esa otra realidad.

—¿Por qué no? —preguntó otro alumno.

—Orus, al igual que el otro plano, es un mundo rebosante de maná. Todo el planeta está repleto de ella y ellos nacieron en ese planeta, creciendo influenciados por el mana. Nosotros usamos las runas y sellos para poder extraer energía del otro plano.

—¿Y cómo se descubrió el uso de runas o sellos?

—Pues como casi todo en esta vida, con ensayo y error. Los primeros elements en venir del otro plano, tardaron en ser capaces de hacer su magia y, cuando lo hicieron, lo hicieron de forma accidental al hacer ciertos gestos con las manos. Cuando se dieron cuenta de que, según hacían ciertos gestos, ocurrían ciertas cosas, fueron diseñando una especie de diccionario. Llevó mucho tiempo y muchos accidentes, pero, al final y tras unos años, los hechiceros más experimentados lograron dar con el diccionario de runas y sellos que hoy conocemos.

—¿Dónde se encuentran esos kunglent? ¿Siguen vivos? —preguntó Oscar.

—Eso, señor Suárez, eso forma parte de la información que quiero que busquen para el jueves —respondió Melinda —. Quiero un trabajo de cinco hojas donde me habléis sobre los kunglent, la aparición de los primeros elements en esta realidad y cómo se descubrieron las cuatro familias principales de la magia. Y, por último, quiero que busquéis información sobre la profecía de los kunglent —concluyó Melinda — Tenéis todo lo necesario en la biblioteca, buena suerte.

Tras terminar la clase, Oscar salió junto a algunos de sus compañeros en dirección a la clase de pociones, que tenían a la otra punta del pasillo bajando por una torre.

—¿Ellos no vienen? —Preguntó Oscar a una chica alta y con coleta que caminaba junto a él —. Creo que algunos tienen herbología. Cada uno de nosotros tiene su propio horario, al parecer.

Tras bajar por aquella torre, llegaron a una pequeña puerta que, al abrir, les llevó a un aula similar a una sala de laboratorio, con estanterías con cristales en las paredes y con varias mesas alargadas para dos personas cada una y que además, tenían dos calderos sobre cada una de ellas. Tras un par de escalones ascendentes, había un escritorio tras el cual había un hombre mayor ataviado con ropajes negros.

—Bienvenidos, alumnos. Tomen asiento, por favor, y cierren la puerta —pidió aquel hombre, quién se quedó observando como cerraban la puerta y se sentaban.

Durante unos instantes, el aula se mantuvo en silencio mientras que el profesor observaba a todos y cada uno de los presentes.

—Vamos, ¿a que esperáis? ¡Presentaos!

Uno a uno, los alumnos se fueron presentando diciendo su nombre, de dónde eran y lo que habían hecho con su vida hasta la fecha, por poco

que fuera.

—Bien, yo soy Matías Prado y seré vuestro profesor de pociones, al menos este curso —El hombre se levantó de su asiento, bordeó la mesa y apoyó su culo sobre la tabla de la mesa —. No estoy convencido de que ustedes aprecian la sutil ciencia en la elaboración de pociones. Gracias a mis lecciones, aprenderán a elaborar pociones curativas capaces de regenerar las más graves heridas, les enseñaré a curar venenos y a hacer que las cosas cambien de aspecto, entre otras cosas.

Matías cogió un montón de hojas que tenía a su espalda, sobre el escritorio, y se las pasó al alumno que tenía justo delante.

—Ve pasando y coged una cada uno —pidió el profesor.

Lo que venía en esa hoja era una receta para la elaboración de una sencilla poción regeneradora.

—No quiero daros un tostón en vuestro primer día así que hoy elaboraréis vuestra primera poción. Tenéis la receta y las estanterías están llenas de ingredientes. Demostrarme vuestro talento con esta sencilla poción.

Esa misma tarde, Oscar aprovechó una hora libre para ir un poco a la biblioteca; una sala enorme llena de estanterías con libros y mesas donde los alumnos se encontraban estudiando o haciendo trabajos. Allí, busco algún libro relacionado con los kunglent y, aunque le costó al haber tantos libros, logró finalmente encontrar un libro que parecía contar lo que estaba buscando.

“Los Kunglent son una raza de guerreros, procedentes del planeta Orus en la galaxia alpha, nacidos a partir de los Elm; cuatro entes elementales que dieron vida a las distintas especies de aquel planeta. Los Kunglent son sus descendientes y, tras muchos años ayudando a los suyos en Orus, un representante de cada especie kunglent viajó al planeta tierra para asentarse y así traer una fuerza capaz de protegerla de los seres de la oscuridad. De ellos y junto a hechiceros humanos de una realidad paralela de Terra, surgió la nueva raza de hechiceros conocida como Elements. Formadas las primeras familias y nacidos los primeros element, aquellos kunglent formaron el Consejo de Magia Internacional, desde donde los cuatro vigilan y dirigen todo lo que ocurre en la tierra en lo referente a los

hechiceros y sus enemigos…”

El muchacho se encontraba escribiendo la información que estaba encontrando en aquel libro, pero fue interrumpido cuando terminó de escribir la tercera hoja.

—¿Vendrás a “Aplicaciones lúdicas de la magia”, no? —le preguntó un chico pelirrojo que pasaba en ese momento —. En un rato presentarán la asignatura.

—No sé si iré; bastantes asignaturas tenemos ya, ¿no? —terminó preguntando el castaño.

—Pero esta no es de estudiar, tío, esta es para pasárselo bien. Va a molar, ya lo veras.

—Bueno, iré a la presentación pero no prometo nada luego.

Un rato después, Oscar y el resto de alumnos se encontraban en una sala espaciosa de piedra, con el suelo recubierto por una enorme alfombra y con estanterías y armarios en las paredes donde había gran variedad de objetos y utensilios, que al menos el castaño desconocía; había diversas filas con sillas preparadas para que los alumnos se sentaran. Las reacciones no se hicieron esperar cuando, a medida que entraban, iban viendo a una pareja de atractivos hechiceros, chico y chica, esperando al final de la sala mirando hacia ellos y en ropa interior.

—Bienvenidos chicos. Somos Álvaro y Leticia, y seremos vuestros instructores en esta asignatura especial —susurró el chico después de que la puerta se cerrará y el bullicio desapareciera en la sala.

—Sabemos que os han enviado el trabajo de origen así que imaginamos que ya sabréis algo sobre los kunglent —comenzó a comentar ella —. Pero es probable que no sepáis que los kunglent son una raza caracterizada por tener costumbres muy liberales. No tenían tapujos con sus cuerpos ni tenían la mitad de escrúpulos que hoy en día se han implantado en la sociedad. Por poneros un ejemplo, los kunglent del fuego van desnudos hasta que llegan a la mayoría de edad.

—¿En serio? —preguntó un chico.

—Sí, así es —afirmó Álvaro, el instructor —. Y os decimos esto, porque en esta clase seguiremos un poco ese estilo de vida. Para la sociedad mágica creada por aquellos que descendemos de los kunglent, es importante tratar de honrar sus costumbres y no olvidarnos del carácter liberal que tienen aquellos de donde venimos. Por ello, y buscando permitir a nuestra sociedad element el poder disfrutar de nuestra magia, más allá del terreno laboral, médico u hogareño, se diseñaron una serie de runas y sellos que nos permite usar la magia para disfrutar con ella, tanto en el tema lúdico como en el sexual. Esta asignatura pretende enseñaros a usar este tipo de magia de una forma segura y libre de riesgos.

—Quien se apunte a esta asignatura debe ser consciente de que aquí los prejuicios no existen. Todos sois mayores de edad y ya podéis disfrutar de este tipo de cosas, pero es nuestro deber dejar claras el propósito de esta asignatura. Entre las practicas que os enseñaremos, habrá una importante presencia de lo erótico o sexual, por lo que si alguno de ustedes prefiere pasar de estas prácticas, puede salir por la puerta en este momento sin mayor problema. De lo contrario, entenderemos que estáis conformes con lo que supone participar en esta clase. Y si bien esta asignatura es perfecta también para echarse unas risas, cabe decir que tampoco toleraremos la mofa. Todas las prácticas se realizarán con el máximo respeto entre vosotros.

El silencio duró apenas unos segundos; los alumnos comenzaron a hablar entre ellos y no tardaron en comenzar a levantarse algunos de los jóvenes a los que no les había convencido mucho la idea de esa asignatura.

—Yo no sé si irme también, la verdad —admitió Oscar en voz alta —. Aunque reconozco que puede ser divertido e interesante.

—Vamos, quédate, tío —le animó el rubio que tenía al lado —. A mi me han dicho que esta clase mola mucho y viene bien para desconectar.

—Bien. Veo que hay bastante interés. No esperábamos que fuera a interesar tanto esta asignatura —comentó el instructor.

—Lo primero que debéis de aprender antes de nada es el sello de reinversión —explicó Leticia —. Este sello es imprescindible y necesario, para poder realizar con seguridad los hechizos que os enseñaremos. Sin él, algunos de los hechizos pueden resultar letales para nuestros cuerpos, y por ello todos los conjuros que os enseñaremos contienen este sello.

Leticia y Álvaro comenzaron a pasar junto a las mesas, entregando unas hojas donde venía información sobre el sello del que hablaban.

—El sello de reinversión es un sello que no solo se utiliza para estas prácticas sino que también se utiliza como runa para entrenar —explicó

Leticia.

—Bien, y ahora es hora de divertirnos un poco —comenzó a decir Álvaro —. Lo primero que debemos deciros es que en esta clase es imprescindible venir en ropa interior. No os preocupéis por el frío, esta sala está muy bien aclimatada —comentó el instructor mientras que Leticia hacía un sello con el que se prendió la chimenea que tenían en una de las paredes —. Así que si podéis ir desnudándoos, al principio tenéis unas taquillas donde dejar vuestra ropa.

Todo el mundo, algunos entre dudas, se quitaron la ropa y se quedaron en ropa interior. Luego volvieron a sus sitios.

—No, no os sentéis. Coged las sillas y a amontonadlas en una esquina; nos vendrá bien el espacio libre.

Los instructores esperaron a que terminaran.

—Bien, normalmente en cada clase os enseñaremos un hechizo y jugaremos con él. Como tenemos dos días a la semana, un día será de hechizos con aplicaciones lúdicas, y el otro día a la semana lo emplearemos para hechizos de carácter erótico o sexual.

Sin mayor dilación, Álvaro comenzó a sonreír sospechosamente y dibujó un par de sellos con sus manos, lanzando una esfera luminosa que alcanzó a un chico. Esté chico, asustado, absorbió la luz de esa esfera, extendiéndose por todo su cuerpo para luego verse todo su cuerpo transformado y envuelto por la propia tela de su zafiro boxer. El chico terminó convertido en una pelota que quedó tirada en el suelo.

—Vamos, cogedla. Tranquilos, él no está sufriendo; para él es como si estuviera atrapado dentro de la pelota, viendo todo a través de ella y totalmente protegido. Y si la cogéis, veréis que es como una pelota normal.

—¡Mola! – exclamó una chica tras coger aquella pelota azul y sentir el tacto de una pelota normal entre las manos —. Pensaba que iba a notar tocar el cuerpo de Dani, pero no, es una pelota.

—Este hechizo tiene su variante sexual y aunque lo normal es utilizar objetos, resulta más estimulante hechizar a un colega —Álvaro hizo una seña a aquella chica para que le pasara la pelota —. Y si ahora hago esto… —Álvaro dibujó con el dedo una runa en la pelota y luego se la lanzó con fuerza a aquella chica, la pelota golpeó a la chica y al hacerlo, la chica sufrió la misma transformación que el tal Dani mientras que éste recuperó su aspecto normal y todo el mundo le pudo ver claramente empalmado y con su cuerpo medio sudado, provocando unas carcajadas en sus compañeros —. Ya os dije que él podía ver lo que ocurría, además de

sentir el tacto.

—¡Cabrones! —exclamó el tal Dani provocando una sonrisa en Oscar, quien hasta ese momento había buscado controlarse la risa.

—Hoy vamos a jugar con esto. Todos y cada uno de vosotros practicaréis tanto a transformar alguien en pelota como a realizar la runa de transmisión.

Tras aquella clase y con las energías renovadas, tocó irse a cenar y a la cama, pero, a la mañana siguiente y antes de su primera clase de encantamientos, el muchacho fue a buscar un libro de donde poder sacar la profecía de los kunglent.

—¿Desea algo, joven? —preguntó una mujer mayor y baja, con gafas y pelo albino.

—Sí, bueno, estoy buscando información sobre la profecía de los kunglent —respondió el chico provocando que la mujer sonriera.

—Normal que te cueste encontrarlo, solo tenemos una copia de ese libro y es, sin duda, lo más demandado esta semana. Has hecho bien en madrugar para venir, si no te hubiera costado encontrarlo libre. Melinda hizo lo mismo el año pasado; os manda buscar esa profecía para ver vuestro interés en aprender.

Aquella mujer le llevó hasta una estantería donde ella comenzó a buscar algo, hasta que al final sacó un pequeño libro.

—Bien, aquí tiene —la señora le dio el libro —. No puedes sacarlo de aquí, así que más le vale que lea la profecía ahora.

"Como descendencia directa de los Kunglent, y después de varias generaciones con las que los cuatro poderes se irán haciendo más fuertes, llegará el día en el que cuatro jóvenes element se unan para combatir a las fuerzas del mal y, cuando los cuatro combinen sus poderes ardiendo los emblemas en sus cuerpos, se revelen a sí mismos como los hechiceros más poderosos de todos los tiempos."

—De modo que somos nosotros, ¿no? —preguntaba Isaac, el hechicero de la tierra, tras recordar junto a sus compañeros aquel trabajo que tuvieron que realizar.

—Sí, así es. Vosotros sois los cuatro element de la profecía —respondió Ángel.

—¿Cómo puede ser? ¿Sabíais que nosotros éramos ellos? —preguntó Oscar incrédulo.

—Así es. Llevamos mucho tiempo esperando vuestra aparición y hace apenas una semana que el equipo de rastreo del Consejo Internacional de Magia logró dar con vosotros, gracias a la sangre de los kunglent. Nos avisaron y por ello decidimos uniros formando este séptimo equipo.

—¡Vaya! —exclamó Adrián antes de que comenzara a intercambiar miradas con el resto de sus compañeros.

—Debéis iniciar de forma inmediata la búsqueda de los emblemas —empezó a decir atrayendo la atención de los cuatro —. Los emblemas mantienen sellado todo vuestro poder element. Los kunglent, por protección, decidieron sellar vuestros grandes poderes en esos emblemas, a la espera de que estuvierais preparados. Cuando prepararon el conjuro de los emblemas, la profecía comenzó a cumplirse.

Capítulo 4

Capítulo 03: Cambiaformas

En una solitaria carretera de Asturias, un coche la cruzaba en plena noche con una joven pareja en su interior.

—Ha estado genial —decía la joven chica rubia que iba en el asiento del copiloto —. Tenemos que volver a cenar a ese sitio.

—Me alegro de que te haya gustado —afirmó el chico delgado y moreno que estaba conduciendo —. Pero yo no sé si te gustó más la comida o la sidrita que te tomaste.

—Jajaja, ya sabes que me gusta la buena sidra —comentó la chica mientras comenzaba a mover las piernas sin parar —. Aunque ahora me están volviendo a dar ganas de mear.

—¿Quieres que pare un momento?

—Te lo agradecería.

El coche salió de la carrera y paró junto a la entrada de un oscuro bosque. La chica salió del coche y fue corriendo al interior del bosque para poder hacer sus necesidades.

El muchacho estaba con la cabeza apoyada en el respaldo cuando entonces le pareció escuchar el rugido de un animal. El joven, alertado, miró para todas partes pero no vio nada. Preocupado por su novia, el chico salió del coche.

—¿Mónica? ¿Te encuentras bien? —preguntaba el muchacho.

—Sí sí, ahora voy —respondió ella antes de que, a los pocos segundos, soltara un terrible grito de dolor.

—¡¡MÓNICA!!

El chico corrió hacia donde debería de estar ella y para cuando llegó, la vio a ella en cuclillas y con un agujero en su camiseta, por la parte del estómago.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, tranquilo, esto es que me he enganchado con algo —respondió ella.

—Te escuché gritar.

—Eso es porque he visto una serpiente y ya sabes lo que me asustan —respondió haciendo que el chico asintiera.

—Bueno, volvamos al coche.

El chico se giró y Mónica comenzó a caminar detrás de él mientras esbozaba una sonrisa y sus ojos comenzaban a brillar. Al instante, ella usó su brazo para atravesar a su novio por la espalda asomando la mano por el pecho. El chico gimió de dolor mientras que el cuerpo de Mónica se iba deshaciendo y fundiéndose en el cuerpo del moreno. Tras unos instantes, la herida del chico había desaparecido, salvo el agujero en su camiseta, y sus ojos comenzaron a brillar también.

En el amanecer del hogar de la séptima brigada de los element, Oscar se encontraba en la amplia cocina del chalet poniendo la cafetera sobre uno de los fogones. Tras esto, el chico metió varias rodajas de pan en la tostadora y cogió la jarra de zumo de naranja para echar en los cuatro vasos de la mesa de madera, donde estaba preparando para que desayunaran los cuatro.

—Te has levantado pronto —le dijo Adrián, quien bajó a la cocina luciendo sus oscuros calzoncillos y su camiseta de tirantes que le permitía lucir sus delgados, pero fibrosos brazos.

—Es la costumbre y además, estoy cansado de esperar —afirmó el de los boxer carmesíes y camiseta de manga corta, mientras que servía café en su taza y en la de Adrián —. Hace casi una semana desde que Ángel nos dijo que debíamos de buscar esos emblemas y seguimos sin encontrar nada.

—No debes impacientarte tanto, Oscar —le dijo Adrián —. Los element del fuego sois muy hiperactivos y eso a veces os lleva a la frustración. Templa

un poco, amigo.

—Hola —saludo Isaac cuando entró en la cocina con unos pantalones cortos —. Umm, café recién hecho, y tostadas, y vaso de zumo. ¿Quién ha tenido los honores?

—Oscar —respondió Adrián señalando al castaño —. Nuestro compañero se muerde las uñas por encontrar esos emblemas.

—No me muerdo las uñas —replicó el joven.

—Oye, Oscar. Llevamos una semana viviendo juntos y no has parado de buscar los emblemas. Entiendo que tienes curiosidad y tal, pero calma un poco. No puedes seguir así.

Mientras Oscar se quedaba pensando en lo que le decían sus compañeros, Isaac se sentó en la silla que había junto a una de las dos tazas libres y se sirvió leche y café.

—Creo que voy a ir a entrenar.

Oscar se terminó la tostada, se bebió el café y marchó hacia la sala secreta, dejando a Isaac y Adrián mirándose fijamente.

—Yo me encargo —dijo finalmente el element de la tierra.

Un rato después, Isaac pasaba junto a la puerta de la entrada cuando Alejandro entraba por la puerta cargando un par de bolsas.

—¡¡Alejandro!! No sabía que habías ido a la compra —le dijo Isaac.

—Sí, tenía algo que resolver en el banco y aproveché para hacer la compra.

—¡Genial! Pues no se si desayunaste, pero Oscar se levantó con ganas de prepararnos el desayuno a todos.

—¡¿Qué?! Vaya. Pues sí, desayuné, pero no le negaré un café. ¿Dónde está?

—Abajo, entrenando. Está muy intranquilo con el tema de los emblemas —afirmó Isaac.

—Ya bueno, estamos todos un tanto nerviosos pero creo que Oscar se obsesiona demasiado.

—Es por su entrenamiento —afirmó Isaac —. Los element del fuego a fin de cuentas salen de la academia ingresando en las fuerzas de asalto. Oscar está acostumbrado a recibir una orden y a acatarla al instante. No está acostumbrado a las esperas largas.

—Sí. Eso es cierto. Hay que ayudarle a adaptarse —comentó el rubio.

—Yo me encargo; templar los ánimos es mi especialidad —sonrió el moreno.

—Bien, yo iré a tomarme ese café.

Ambos se separaron e Isaac abrió la entrada secreta de la columna, colocando su mano sobre la runa, y tras unos instantes, la entrada se abrió, él se subió sobre la plataforma y está descendió.

En la sala secreta, Oscar se encontraba combatiendo contra un par de armaduras que había invocado él mismo. Isaac llegó en el momento en el que Oscar, con la brillante llama de su dedo, dibujaba una runa en la hoja de la espada que empuñaba, haciendo que la hoja se envolviera de llamas.

Oscar, quién se había quitado la camiseta para entrenar, comenzó a bloquear los cortes de energía que las armaduras le lanzaban con sus brillantes espadas. Oscar hizo un rápido sello con su mano libre logrando lanzar con su espada un corte flamígero con el que destrozó una de las armaduras, y tras un segundo y rápido sello, Oscar logró disparar a bocajarro por la punta de la espada, un haz de fuego con el que calcinó la otra de las armaduras.

—Lo cierto es que no tiene mucha gracia entrenar contra algo tan sencillo —comentó Oscar tras ver a su amigo, observándole —. Así no se entrena en condiciones.

—Eso tiene solución.

Isaac hizo un sello con la mano apuntando hacia una estantería con espadas y una de ellas salió lanzada hasta la mano del hechicero.

—Sin magia —pidió el más bajito de los cuatro hechiceros.

Oscar disipó el fuego de su hoja y luego comenzó a combatir contra Isaac, protagonizando conjuntamente todo un combate de espadas.

—Pero esto es demasiado sencillo para nosotros —afirmó Oscar entre risas, tras un rato intenso haciendo chocar ambos aceros.

En un momento en el que ambos tomaron distancia el uno del otro, Oscar hizo varios sellos empezando por el sello de reinversión.

—¡¿Sello de reinversión?! —preguntó Isaac sonriendo —. ¿Quieres jugar fuerte, eh? Está bien.

Isaac dibujó la misma runa que su compañero en la hoja de su espada y luego realizó el sello de reinversión acompañado por algunos más.

De las puntas de las espadas emergieron dos haces de luz carmesí y esmeralda, respectivamente, que colisionaron entre sí provocando una buena humareda.

Oscar dibujó un rápido sello con el que empezó a expulsar luz por su espada, haciendo que el humo se disipara y rápidamente, dibujó un nuevo sello que hizo que, cuando un serpenteante rayo llegaba hasta él, éste golpease contra un invisible escudo de energía que se había formado a su alrededor y que reventó tras el impacto.

—¡Buena, Oscar!

Isaac apareció entre lo que quedaba de humo lanzando diversos conjuros a través de su espada y a medida que lanzaba sellos. Los hechizos, de diferentes aspectos, iban viéndose contrarrestados por los hechizos de Oscar, hasta que al final una esfera carmesí alcanzó el pecho de Isaac.

—¡OH! —exclamó Isaac mientras se detenía al comenzar a sentir mucho calor dentro de él.

Su cuerpo comenzó a sudar tanto que la tela de su pantalón se quedó pegada a su cuerpo.

—¡Cabrón! —exclamó Isaac antes de hacer un rápido sello que pilló a Oscar por sorpresa, logrando alcanzarlo con una brillante punta de piedra que se clavó en su pecho.

Mientras que el cuerpo de Isaac se desintegraba por la ya elevada temperatura de su cuerpo, el cual había llegado a ponerse al rojo vivo, el de Oscar comenzó a petrificarse a medida que el chico sentía como se iba endureciendo su cuerpo. Al final y mientras que Isaac desaparecía convertido en ceniza, Oscar cayó hacia atrás y se hizo añicos al impactar contra el suelo. Los restos de ambos comenzaron a brillar y sufrieron un pequeño viaje en el tiempo hasta el punto de que Oscar e Isaac volvieron a estar en perfectas condiciones. Sus cuerpos habían regresado al

momento anterior de recibir esos conjuros pero recordando lo ocurrido.

—Buen entrenamiento —dijo Oscar antes de que ambos comenzaran a descojonarse de risa.

Adrián se encontraba en la cocina preparando un sofrito en la sartén, cuando Isaac llegaba vestido, tras darse una buena ducha, para servirse un vaso de agua con la botella que sacó de la nevera.

—Se te da bien cocinar —comentó el moreno tras ver como su compañero movía el sofrito con la cuchara de madera.

—Sí, bueno, reconozco que me gusta —asintió Adrián —. Tras la muerte de mi madre cuando era pequeño, me tocaba muchas veces hacer la comida, y bueno, le cogí el gustillo.

—Vaya, no sabía que habías perdido a tu madre tan pronto.

—Sí, estaba enferma. Tuvo cáncer de mama y, aunque en un primer momento lo superó, el cáncer regresó y ya no pudo superarlo… —afirmó el hechicero del agua antes de echar un par de vasos de arroz a la sartén.

—Vaya.

—Mi padre y yo tratamos de superarlo juntos y, bueno, pasé de ser un niño dedicado a estudiar y a jugar con los amigos, a ser la mujer de la casa por así decirlo. Ser descendiente de uno de los seis kunglent hacía que mi padre apenas pudiera estar en casa.

Isaac miraba fijamente a su compañero mientras hablaba sobre su pasado.

—¡¡Chicos!! —la voz de Oscar llegaba desde el salón —. Venid un momento.

Adrián e Isaac fueron rápidamente al salón para ver lo que quería el element del fuego y al llegar, vieron también a Alejandro y a Ángel, quien traía consigo una carpeta con documentación.

—Hola, chicos —les saludó el intermediario del oráculo —. Como les estaba diciendo a ellos, vengo a traeros vuestro primer caso.

—Y yo estoy diciendo que más que mandarnos trabajo, podrían ayudarnos

a encontrar los emblemas —intervino Oscar.

—Por lo que me ha dicho el oráculo, es absurdo que tratéis de buscar los emblemas. Ellos mismos os llamarán a su propio ritmo. Al aparecer sus símbolos en vuestros pechos todo ha comenzado, pero ahora os toca esperar a que tengan lugar las señales.

—¡¿Señales?! —preguntó el hechicero del viento.

—Cada emblema os llamará a su manera y será fácilmente detectable, pues esas señales serán repentinos e inusuales fenómenos naturales. Por ejemplo, en el caso del emblema de la tierra es de esperar que se trate de algún terremoto allí donde esté escondido el emblema.

—Vaya, así que se trataba de eso —susurró finalmente Oscar.

—Nuestros rastreadores se encargarán de avisar cuando alguno de esos fenómenos tenga lugar. Entre tanto y mientras se hacen con los emblemas, deben dedicarse a aquello para lo que pertenecen a nuestra organización, y aquí tengo vuestro primer caso.

Ángel lanzó la carpeta sobre la baja mesa que tenían entre ellos.

Isaac cogió la carpeta y comenzó a ojearla un poco por encima, viendo que el informe hablaba sobre un portal abierto al mundo oscuro en la zona de la reserva natural de Muniellos.

—¿Se ha abierto un portal al mundo oscuro? —preguntó Isaac mientras ojeaba el informe.

—Así es, y sabemos que algo salió de él. No sabemos de qué se trata.

—Algo con el poder suficiente como para llegar a este mundo —comentó Oscar mientras cogía la carpeta para ojearla —. Tras lo ocurrido hace cinco años, creía que ya no había nadie capaz de abrir portales al mundo oscuro.

—Sí, y eso es algo que debemos de investigar, pero, por ahora, nos conformamos con que encontréis lo que ha llegado a nuestro mundo y que acabéis con ello —concluyó Ángel —. Y ahora os tengo que dejar, ¡buena suerte!

Ángel se fue y todos leyeron aquel informe antes de comenzar a discutir lo que hacer.

—Bueno, creo que es evidente por donde tenemos que comenzar —empezó a decir Isaac —. Debemos ir hasta allí, hasta Muniellos y

rastrear. Tal vez encontremos algo.

Esa tarde, después de comer, los cuatro se fueron en el coche de Oscar hasta la reserva natural de Muniellos, la cual estaba a un par de horas de viaje. Los cuatro fueron vestidos con sus uniformes especiales.

—Adrián, ese arroz estaba riquísimo —felicitó Alejandro —. Vaya sabor que le das a las comidas tío.

—¡Gracias!

—Alejandro tiene razón. Cocinas de maravilla. Mi alimentación ha mejorado desde que vivo con vosotros —afirmó Oscar esbozando una amplia sonrisa, mientras hacía girar el coche en las curvas de la carretera que, en ese momento, iba bordeando la ladera de una montaña.

Alejandro bajó la ventanilla y comenzó a realizar varios sellos hasta que en su palma apareció una esfera de energía.

—De momento no percibo nada.

Tras unos minutos, el coche de Oscar se acercó aun coche abandonado en medio de la carretera y la energía de aquella esfera comenzó a moverse. La energía, formando un hilo que se iba extendiendo, dio varias vueltas en tornó al coche y continuó su camino, dejando a partir de aquel coche abandonado, un rastro luminoso.

—Hemos llegado —concluyó el hechicero del viento antes de que Oscar aparcara justo al lado del coche abandonado.

Los cuatro bajaron del coche y, mientras que Isaac y Alejandro siguieron el rastro, Oscar y Adrián se quedaron junto a los coches. Oscar abrió la puerta del conductor sin problema y empezó a buscar en su interior; abrió la guantera y se encontró con una cartera con documentación.

—El rastro se pierde más adelante, pero, a juzgar por el nivel de energía mágica acumulada ahí dentro, diría que fue aquí donde se abrió ese portal —afirmó Alejandro cuando regreso junto a Isaac.

—Y yo acabo de encontrar esto —Oscar salió del coche enseñando el carnet de un chico —. Probablemente sean víctimas de lo que sea. Podemos usar esto para encontrarlo.

—¡Sí! Déjame a mí.

Adrián comenzó a realizar varios sellos sobre el DNI, para luego hacer un último sello que hizo que del dedo del hechicero emergiera un haz de luz que tomó la forma de un pequeño holograma; un holograma que mostraba en un primer momento un plano de Asturias para terminar mostrando el plano de una ciudad donde apareció un punto destellante.

—Esto es Cangas de Narcea.

Fue entonces cuando un coche de policía, con las sirenas puestas, hizo acto de presencia.

—¡Eh! ¿Qué hacéis aquí? —preguntó un policía.

—Perdonen, agentes, somos de las brigadas de hechiceros —respondió Isaac enseñando su placa —. Nos avisaron para investigar esto.

—Ah, ya, avisamos a su central en cuanto nuestros compañeros encontraron esto. Nos pidieron que esperáramos unas horas antes de llevarnos nada. ¿Han terminado?

—Sí, creo que sí —respondió Oscar tras mirar a sus compañeros —. Nosotros ya nos vamos.

Los cuatro se subieron al coche y dieron la vuelta para volver por donde habían venido, en dirección a Cangas de Narcea.

En Cangas de Narcea, un conductor de autobús se bajaba del mismo, en su andén de la estación, cuando aquel chico que buscaban los hechiceros salía de detrás de una pared y comenzaba a seguirlo hasta el interior de los aseos.

El conductor comenzó a orinar mientras que otro hombre se encontraba encerrado en un retrete haciendo sus necesidades. La puerta del baño se abrió, aquel chico irrumpió y, justo cuando el conductor del autobús se subió la cremallera, sintió como algo le atravesaba el cuerpo. Mientras gemía de dolor, aquel chico se fundió en el cuerpo del hombre al tiempo que la puerta de aquel retrete se abría y el hombre que estaba dentro veía aquella escena. Al verlo, aquel hombre comenzó a gritar y el conductor de autobús, quién había terminado de absorber el cuerpo del muchacho, miro enojadamente a aquel tipo con sus nuevos ojos brillantes.

Un guardia que pasaba al lado irrumpió justo cuando el conductor se acercaba a aquel hombre y, asustado, el tipo se abalanzó sobre el guardia arrojándolo contra el suelo. A continuación, y mostrando unas habilidades sobrehumanas, aquel conductor comenzó a correr a tal velocidad que, en apenas unos instantes, había desaparecido de allí.

—Umm, chipirones fritos, qué ricos —comentó Oscar mientras echaba limón a la bandeja de chipirones, que les acababan de servir en aquella terraza donde se habían sentado para cenar.

—Buah, están muy buenos —afirmó Adrián tras probar uno de los chipirones.

—¡Que aproveche! —dijo un camarero mientras les dejaba una segunda bandeja, pero esta con un surtido de croquetas de jamón

—Ha sido increíble —se le escuchó decir a una chica —. Se abalanzó sobre el guardia y salió corriendo, jamás había visto algo así, tía.

Esa conversación alertó a Isaac, quién tenía su oído bien próximo a la mesa donde estaban hablando esas chicas.

—No me lo creo, tía, ¿en serio?

—Lo que te digo, y eso que me pareció un conductor bien majo. La policía lo debe de estar buscando ahora.

Fue entonces cuando el teléfono de Oscar sonó. Era una llamada del cuartel, por lo que no dudó en cogerlo.

—Vale, gracias por avisarnos —dijo Oscar antes de colgar y atrayendo la atención de sus compañeros —. Tenemos que irnos.

Terminaron de cenar rápidamente y se fueron a por el coche para regresar rápidamente a casa.

—¿Entonces dices que alguien vio cómo algo entraba en el cuerpo de aquel conductor? —preguntaba Adrián a Oscar.

—Sí, así es, eso y que alguien vio a un chico con las características del chico del carnet entrar en ese baño; un chico que no llegó a salir en ningún momento.

—¡Vaya! —exclamó Alejandro —. Eso no pinta nada bueno.

—Necesitamos el libro para asegurarnos de qué se trata, pero tengo una ligera idea. Espero equivocarme —afirmó Oscar.

Los cuatro llegaron a casa y bajaron a la sala secreta, donde los cuatro comenzaron a mirar en sus libros, ya que en ellos venía información sobre una amplia variedad de criaturas diabólicas.

—Aquí está, lo sabía —dijo Oscar mientras leía la página que había encontrado —. Chicos, la criatura a la que nos enfrentamos es ni más ni menos que un cambiaformas.

"Cambiaformas, demonio con la capacidad de cambiar de forma tomando el cuerpo de otro ser, sea la especie que sea, además de seguir el rastro de otras especies mágicas. Cuando el cambiaformas toma a alguien, no deja rastro de la víctima anterior. La única forma de volver mortal a este demonio es usando una poción con el que le devolveremos a su forma original"

—Los ingredientes para esta poción son sencillos, salvo por una cosa —comentó Adrián mientras veía la receta de la poción que acompañaba a la descripción del demonio —. Es necesario algo personal de cada una de sus víctimas.

—Bueno, eso es fácil. Sabemos que de momento está aquel chico y el conductor, y ya tenemos cosas del muchacho. Solo necesitamos algo de aquel conductor.

—Bien, tenemos que encontrar algo de una persona más —afirmó Oscar a la mañana siguiente, mientras tomaba un café mirando información por su portátil —. Hay denuncias de la desaparición de una pareja. Ese chico iba con alguien cuando sufrió el ataque en el bosque.

—Vale. Avisaré al cuartel de nuevo para que nos faciliten elementos

personales también de ella.

Mientras esperaban a que llegasen esos ingredientes finales, Adrián se encargó de comenzar a elaborar la poción en su caldero de la sala secreta. A parte de él, se encontraba también Alejandro, quien estaba preparando un conjuro con ayuda de su libro.

—¿Qué haces? —le preguntó Adrián mientras aplastaba algo con la hoja de un cuchillo y echaba su jugo en el interior del caldero.

—Preparo un conjuro con el que poder llegar hasta el cambiaformas. Con lo fácil que cambia de cuerpo, si no usamos la magia, no veo cómo vamos a dar con él. Espero que este conjuro nos permita encontrar su ubicación.

Tras terminar el conjuro, Alejandro lo realizó formando los sellos con sus manos y, al terminar, una pequeña luz apareció sobre el plano, sobre un pueblo llamado Grado.

—Está en Grado y moviéndose, parece que viene hacia aquí.

Al terminar de decir esas palabras, ambos muchachos se miraron fijamente.

—Un momento, ¿no decía el libro que los cambiaformas seguían rastros mágicos? ¿Y si nos está siguiendo a nosotros? —preguntaba Adrián preocupado.

—Un poco paranoico eso, ¿no? —preguntó Alejandro antes de devolverle la mirada al plano —. Aunque igual es mejor ser precavido.

La plataforma comenzó a moverse poco después y por ella bajo Oscar, quien traía un sobre con unos pendientes, que debían de ser de la chica, y un reloj de hombre.

—¿Son estos los elementos personales de ambos? —preguntó Adrián mientras cogía ambos objetos.

—Sí, eso parece.

—¡Adri! Rápido, que me da que tienes razón. El cambiaformas viene hacia aquí.

—¡¿Qué?! —preguntó Oscar sorprendido.

—Como oyes, he preparado un conjuro para detectarlo y estoy viendo su posición en el plano —respondió el hechicero del viento mientras que Adrián echaba aquello en el caldero, provocando pequeñas explosiones en

su interior.

Fue entonces cuando Isaac llegaba sujetando una enorme lanza afilada de piedra.

—Lo tengo amigos. He logrado crear esta lanza —afirmó Isaac antes de fijarse en el plano —. ¿Es el cambiaformas?

—Sií así es —respondió Alejandro mientras comenzaba a dibujar unas runas en la lanza —. Estas runas hechizarán la lanza y se activarán cuando realice el sello de activación.

—¿Crees que funcionara? —preguntó Adrián mientras rellenaba varios frascos de cristal con la poción que acababa de realizar.

—Esperemos que sí —dijo Isaac —. Usamos esto para ralentizar al demonio, le lanzamos la poción y, cuando recupere su aspecto original, Oscar le da una patada en el culo, ¿alguna objeción? —Isaac miró a los tres para ver que ninguno se negaba —. Lanza preparada, poción lista y agente de asalto a disposición, ¿vamos?

Todos tocaron a Alejandro y este fundió a todos en el viento, haciéndoles reaparecer a la salida de un pueblo, que pillaba en la trayectoria del cambiaformas.

—¿Por qué no fuimos así a Cangas? —preguntó Adrián.

—Bueno, me apetecía sacar el coche a pasear y era una buena excusa para pasar el día viendo paisaje —respondió Oscar.

Fue entonces cuando pudieron escuchar un rugido que les hizo mirar hacia el frente, hacia el fondo de la extensa pradera que se extendía ante ellos cruzada por una solitaria carretera.

No tardarían en ver cómo aquel conductor llegaba corriendo por la pradera pegando saltos, impulsado con las cuatro extremidades. Isaac miró a Alejandro y asintió, haciendo que este lanzara la lanza, la cual se incrustó en el suelo unos cuantos metros más adelante. Cuando el cambiaformas estaba ya a un radio próximo a la lanza, el hechicero del viento hizo un sello con el que hizo que la lanza reventara, liberando una explosión de energía succionadora tan potente que hizo que el cambiaformas quedará atrapado en su centro.

—¡Bien! ¡Ahora!

Los cuatro lanzaron sus frascos al cambiaformas y los frascos reventaron

al golpear su cuerpo.

El cambiaformas comenzó a gritar de dolor mientras comenzaba a mutar. De la que mutaba, el demonio iba soltando los cadáveres de las personas que había tomado. Al final, los tres cadáveres se encontraban tirados en el suelo y el cambiaformas mostraba su verdadera forma. El demonio era una especie de hombre lobo, solo que con cuchillas en lugar de dedos. Aquellas cuchillas tenían unos pequeños orificios en sus puntas.

—Tened mucho cuidado. Toma a sus victimas con esas cuchillas —dijo Isaac.

Un haz de fuego pasó junto a Isaac golpeando en el pecho del cambiaformas, quién aún se encontraba atrapado por la trampa de viento de Alejandro. Issac miro hacia atrás y vio a Oscar con las manos formando un triángulo entre ambas; un triángulo por el que estaba lanzando ese conjuro. El cambiaformas comenzó a gritar de dolor mientras que su cuerpo ardía y empezaba a carbonizarse. Al final, no quedó nada más que ceniza desperdigada por el suelo, a causa de lo que quedaba de la trampa, la cual terminó a los pocos segundos de que el demonio fuera destruido.

—Buen trabajo, Oscar —le dijo el hechicero de la tierra.

—Bien, tenemos que llamar a la policía para que se encarguen de los cadáveres —Adrián comenzó a llamar por teléfono —. Hola, somos las brigadas de hechiceros y tenemos ante nosotros unos cadáveres.

Los cuatro reaparecían en el vestíbulo de la casa, después de esperar a la policía para informarles.

—Uff, ¿sabéis lo que me apetece ahora? —preguntó Isaac, quien ya estaba quitándose la camiseta.

—¿Un baño? —preguntó Adrián.

—Sí, así es. Me voy a tirar de cabeza a la piscina.

—Buena idea, yo también.

Los dos fueron corriendo hasta el patio donde, en calzoncillos, se tiraron a la piscina. Entre tanto, Oscar fue a la cocina para prepararse un café

mientras que ponía la televisión para ver un poco el telediario.

—¿Tú no te unes? —le preguntó Alejandro tras bajar de las habitaciones en bañador y ver a Oscar allí.

—Sí, ahora mismo voy. Me apetecía tomar un café antes —afirmó el element del fuego mientras se servía el café.

—Venga, no tardes.

Alejandro cruzaba la cocina mientras que Oscar se fijaba en lo que estaba saliendo por la TV. El chico quedó conmocionado al ver como en Rusia habían aparecido varios tornados por los alrededores de Moscú.

—Los meteorólogos aún no saben explicar cómo ha podido pasar un fenómeno así —decía la periodista cuando el hechicero subió el volumen del televisor —. El pronóstico del tiempo no auguraba vientos fuertes y por lo visto era muy improbable que ocurriera algo así. Algunos empiezan a decir que esto es obra de algo sobrenatural. Si esto es así, las brigadas de hechiceros tal vez deban intervenir.

—¡¡¡ARGHHH!!

Oscar comenzó a escuchar gritar a Alejandro. Fue corriendo y se encontró a Alejandro, gritando en la salida al patio y tirado en el suelo. En su pecho, el símbolo del viento brillaba intensamente.

—¡¡Alejandro!! ¿Qué ocurre? —preguntó Isaac, quién empapado, llegó hasta él acompañado por Adrián.

—Es el emblema del viento —afirmó Oscar —. Han aparecido varios tornados en Rusia.

—¡¿Rusia?! —preguntó sorprendido Adrián antes de devolverle la mirada al símbolo que brillaba en el pecho de Alejandro —. El emblema lo está llamando. Debemos ir a por él.

Capítulo 5

Capítulo 04: Poción Xerófila

En Moscú, en el interior de un piso, la puerta de entrada se abría y una pareja entraba mientras que se besuqueaban.

—Umm, qué buena estás —afirmaba el muchacho mientras que se iba quitando la ropa.

—¿Ah, sí? ¿Te parezco preciosa?

—Oh, sí, te quiero dentro de mí —decía el muchacho mientras se tumbaba, en calzoncillos, sobre la cama.

—Tus deseos son mis órdenes.

Ella le arrancó los boxer y llevó la boca a su entrepierna, comenzó a chupársela y el chico comenzó a sentir mucho frío repentino. La chica no tardó en soplar por la boca un frío viento helado por dentro del muchacho que hizo que no tardara en convertirse en una estatua de hielo.

—Siempre es un placer —reía ella tras incorporarse con una sonrisa y antes de que su cuerpo se convirtiera en un monstruoso ser fémina cubierto de vaho helado.

Habían pasado varios días desde que Alejandro sufrió el dolor. El oráculo dijo que aquel dolor era a consecuencia del despertar de su emblema y su llamada. Durante estos días se dedicaron a realizar los trámites necesarios para poder realizar un viaje seguro a Moscú y conseguirles un avión privado.

—Bueno, parece que han conseguido alquilarnos un avión del Ejército del Aire y en el cuartel de Moscú ya lo están preparando todo —dijo Isaac tras colgar su teléfono móvil y mientras veía como Adrián freía unos filetes

empanados.

—Bien, y yo ya estoy terminando de preparar los bocadillos —afirmó el alto muchacho mientras metía un par de filetes entre dos trozos de pan —. ¿Las maletas ya están abajo?

—Sí, acabo de bajarlas —respondió Oscar, quién llegaba en ese momento.

En ese momento, Alejandro llegaba de rastrear el emblema en la sala secreta.

—Creo que he encontrado el emblema. Parece que se encuentra en algún lugar bajo tierra, en la propia ciudad de Moscú.

—Uff, pues ahí si que va a hacer frío —afirmó el moreno.

—Bueno, podemos preparar pociones xerófilas. Esas ayudan a mantener el cuerpo caliente durante un buen rato —comentó Isaac.

—¡¿Pociones xerófilas?! Con lo complicadas que son de hacer… —afirmaba Oscar.

—No te quejes tanto y venga, hay que preparar una bolsa para llevar lo necesario para prepararlas. Habrá que aprovechar las horas de vuelo para realizarlas. Cuestan más elaborarlas en entornos fríos.

—Las pociones xerófilas son de las elaboraciones más complicadas de realizar —explicaba el profesor de pociones en la primera clase de la segunda semana de curso —. Pero debido a su utilidad a la hora de aprender los fundamentos básicos de pociones, el claustro decidió incluirlo como materia dentro del temario de primer año.

—¡Profesor! —Oscar levantaba la mano al ver algo en los apuntes que les había pasado hace un rato —. Aquí pone que, para esta poción, hace falta primero conseguir savia de mandrágora que haya sido extraída en un plazo inferior de dos días.

—Sí, así es, y sé que la profesora de herbología os va a enseñar a hacerlo mañana. La savia que extraigáis mañana la usaremos en la próxima clase para realizar una poción xerófila. Es complicada y no os exigiré la

perfección, pero valoraré el esfuerzo y el trabajo que realicéis.

Tras terminar aquella clase, el joven Oscar salía del aula subiendo unas escaleras acompañado por sus compañeros.

—La verdad es que esa poción no parece ser nada fácil de realizarla. ¿Habéis visto todos los pasos que hay que hacer? —preguntó la chica morena que iba junto a él.

—Parece una poción perfecta para ponerla como examen —respondió Oscar —. Y no entiendo por qué tanto empeño. No creo que sea tan importante una poción que te de calor.

Cinco años después, Oscar sonreía al recordar cuando había realizado aquel comentario y mientras que conducía en dirección a la base militar Cabo Noval, a donde habían enviado el avión militar en el que iban a viajar.

—¿De que te ríes? —le preguntó Adrián al verle sonreír.

—Nada, recordando que hace cinco años infravaloré la utilidad de la poción xerófila —respondió el castaño aún manteniendo esa sonrisa.

No tardaron en llegar a la base naval, donde tras comprobar la identidad, les abrieron la verja permitiéndoles entrar y aparcar cerca del helipuerto que había dentro de la base.

—Supongo que sois la brigada de hechiceros que viaja a Moscú, ¿no? —preguntó un hombre robusto vestido de militar, mientras les estrechaba la mano.

—Sí, así es —respondió Isaac.

—Ya esta todo listo; uno de nuestros pilotos les llevará a Moscú y les traerá cuando terminen.

—¡Gracias!

La séptima brigada fue guiada hasta el avión militar, donde se metieron, se sentaron dos a cada lado y se abrocharon los cinturones mientras que

comenzaban a sonar los motores del avión.

Cuando el avión terminó de estabilizarse, Oscar sacó de la mochila que llevaba frente a él, un pequeño libro titulado “Planos paralelos de la Tierra”

—¿Y ese libro? ¿No es el mismo que nos dieron en…? —empezó a preguntar Adrián al fijarse en ese libro.

—Sí, lo es.

Oscar comenzó a recordar cómo, hace cinco años, al día siguiente de aquella clase de pociones, en clase de historia, Minerva le entregaba a cada uno de ellos, una copia de ese libro.

—Esta es materia fundamental. Si algún día formáis parte de las Brigadas de Hechiceros, deberéis conocer bien este libro ya que habla de cada uno de los planos paralelos conocidos y en todos ellos trabajan las Brigadas —afirmó Minerva.

—¿Cómo surgieron los planos paralelos? —preguntó una alumna.

—Bueno, para explicaros eso primero debo explicaros algo antes —respondió la profesora —. Todo comenzó hace miles de años con los dos únicos planos de la existencia que había en aquel momento, aparte del infinito y vacío universo que era por aquel entonces aquel en el que nos encontramos. Esos dos planos eran el mundo de la luz y el reino de la oscuridad o mundo oscuro, como queráis llamar.

La profesora iba relatando, atrayendo la atención de todos los alumnos, mientras paseaba entre las mesas.

—Ambos mundos, tan opuestos el uno al otro, mantuvieron una ardua guerra entre sí protagonizada por sus máximos representantes: Los Guardianes de la Luz, por un lado, y los demonios por el otro. Su interminable guerra provocó cierto fenómeno en el que ambos mundos, por así decirlo, colisionaron entre sí y esa “explosión interdimensional” creó cierta brecha en nuestro universo que provocó la aparición de algo conocido como Éter, una poderosa fuerza de energía que servía como portal a ambos mundos, con la forma de una gran esfera de energía. El Éter, que tenía vida propia, terminó creando en torno a él un planeta, el

planeta llamado Orus.

—¿Y fue cuando aparecieron los Elm, no? —preguntó Oscar.

—Así es. Los Elm, como ya sabéis, fueron los que dieron vida a la Fuerza Universal, un poderoso ente con la capacidad de crear vida. Aquel ente terminó marchando de Orus y, tras una larga historia, acabó en esta galaxia donde dio vida a la Tierra. Él, llegado el momento y admirando lo que el hombre había logrado, decidió usar su poder para dividir nuestro mundo en diversos planos paralelos. Y así fue como se crearon.

—¿Y como se viaja entre planos?

—Eso requiere magia muy poderosa. Magia inalcanzable para alumnos de primer año. Es un ritual complejo y hace falta la colaboración de varios hechiceros para abrir un portal de modo seguro, a no ser que seas alguien muy poderoso —respondió Minerva mirando sonriente a Oscar —. Lo cierto es que en la biblioteca había un libro que explicaba cómo hacerlo, pero alguien lo robó hace dos días.

—¡¿Qué?! —preguntaron sorprendidos varios de los alumnos.

—Sí, así es. No sabemos quién, confiamos en que nadie de primero, pero agradeceríamos que, si sabéis algo al respecto, nos lo dijerais a alguien del profesorado. Está claro que quien lo ha robado pretende intentar abrir un portal y esa es una magia que solo está permitida con autorización.

Oscar terminaba de recordar eso cuando Adrián se levantaba de su asiento y sacaba de una bolsa un pequeño caldero.

—¡Oscar! Me vendría bien un poco de ayuda, y bueno, tuya también Isaac.

Isaac realizó varios sellos con la mano haciendo que se materializara una pequeña y alargada mesa de piedra. Luego hizo un sello más y aparecieron unos troncos de madera apilados sobre la mesa. Oscar hizo un sello con la mano con la que lanzó una pequeña bola de fuego con la que prendió los troncos de madera. Adrián puso el caldero encima y con un rápido sello, llenó el caldero de agua.

—El viaje son unas cuantas horas, pero cuanto antes elaboremos la poción mejor —dijo el hechicero mientras sacaba de una bolsa los ingredientes y

comenzaba a prepararlos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Oscar a Isaac, al ver que el más bajito pero más fuerte físicamente de los cuatro se mostraba bastante nervioso y agarrado al arnés del avión.

—Lo siento, pero es que no me va mucho volar —afirmó el hechicero de la tierra nervioso —. Prefiero mil veces ir en tren. Yo necesito sentirme con los pies en el suelo.

—Tranquilo, hombre, esto es un avión militar. Saben pilotar bien —le animó Oscar antes de desabrocharse para levantarse y así poder estirar un poco las piernas.

—¿Sabéis que luego tenemos que saltar en paracaídas, no? —preguntó Alejandro empezando a esbozar una pequeña sonrisa.

—No jodas, ¿por qué? —preguntó Isaac aterrado.

—Que no hombre, es una broma —respondió el hechicero del viento riéndose de su compañero.

Fue entonces cuando Oscar vio como Adrián sacaba de una pequeña bolsa, un frasco con jugo de mandrágora.

—¿Cuándo la conseguiste? —le preguntó el castaño.

—En cuanto supe a donde teníamos que venir, fui a comprarla —respondió el hechicero del agua —. En el Mercado Mágico de Oviedo la venden. Un poco caro, pero no teníamos otra opción. Para poder extraer el jugo, la mandrágora debe de estar bien madura y eso en tan poco tiempo no es fácil de conseguir.

Adrián echó el jugo de mandrágora en la cazuela y comenzó a moverlo hasta que aquello comenzó a cocer.

—Bien, ahora hay que esperar unos minutos.

—Pensando en las mandrágoras, cuantas especies mágicas han aparecido en apenas dos décadas, ¿no? —preguntó Alejandro.

—Por lo visto tiene que ver con la batalla que tuvo lugar hace 22 años, aquello afectó a la fisionomía del planeta, incluso parece que influyó en el resto de planos haciendo que algunas cosas mutaran, naciendo así las especies mágicas que ahora conocemos —respondió Adrián.

—Ya, nosotros casi nacimos con ello asentado, pero para los que vivían sin magia en este mundo, encontrarse de pronto con la existencia no se, de

mandrágoras, espectros, dragones… Lo que debió de ser para los primeros ver a esas enormes criaturas con alas escupiendo fuego.

—Sí, por lo visto fue bastante complicado mantener a raya a los dragones, pero nuestros antecesores supieron hacer bien su trabajo y ahora los dragones viven pacíficamente en el plano xem, protegidos y vigilados por la Guardia Dragón.

Oscar empezó a pensar en la Guardia Dragón y su mente comenzó a retroceder nuevamente a hace cinco años, cuando leyó por primera vez acerca de ellos.

—¿Viste tío? Por lo visto hay un plano donde existe una fuerza de élite formada por guerreros letales, que siguen a su dios, el Gran Dragón Xian. Con sus letales armas protegen el reino de Xian desde las sombras. Sus enemigos desaparecen sin más sin dejar rastro de ellos. Aquí dice que la Guardia Dragón protege el valle secreto de Draco, un lugar misterioso y oculto donde viven los dragones que un día aparecieron en nuestro plano —le comentaba Oscar a un amigo, de misma estatura y pelirrojo, con el que caminaba por un pasillo hasta la clase de pociones —. Aquí dice que hay una leyenda que el Gran Dragón Xian elige cada año a uno de los integrantes de su guardia para concederle un deseo. No puede haber un dios mejor.

—Ya. Eso está bien. Que te concedan tu propio deseo —comentaba aquel muchacho mientras terminaban de bajar las escaleras que llevaban al laboratorio de pociones.

—Bien, alumnos, espero que vengáis bien preparados. A ver que tal os sale vuestro primer intento con la poción xerófila.

El castaño dejó de recordar aquello cuando se produjo una pequeña explosión en el caldero de Adrián, expulsando una buena cantidad de humo blanco.

—Bien, poción lista —dijo Adrián con una sonrisa mientras que comenzaba a sacar frascos —. Recordad que esta poción es como una crema; hay que aplicarla sobre el cuerpo. Usad esto cuando vayáis a la ducha y listo, no pasaréis frío en unas horas.

—Tío, que he ido a clase —le dijo Oscar mientras se acercaba para oler la poción —. Uff, la verdad es que huele muy bien. ¿Qué le has echado?

—Nada, es un toque que le doy a mis pociones para que huelan bien. Cuando son pociones que hay que tragar, les doy sabor.

—Eres la ostia —reconoció Alejandro.

Fue un rato después cuando Alejandro comenzó a sentir un dolor intenso en su pecho y comenzó a gritar de dolor. Mientras el chico se retorcía de dolor en el suelo, el símbolo del aire reaparecía en su pecho traspasando la tela de su camiseta.

—¡¡Jandro!! —exclamaba Oscar mientras colocaba su brazo por detrás del cuello de su amigo.

—Me duele mucho —se quejaba el hechicero mientras yacía rodeado por sus amigos —. Quema mucho. Creo que me llama.

—¡Adrián! ¿Puedes ayudarle a aliviar el dolor? —le preguntó Isaac.

En ese momento, sintieron como si el avión comenzara a tener dificultades para mantenerse estable, sufriendo turbulencias cada vez más fuertes.

—¡Qué oportuno! —Exclamó Adrián mientras hacia un par de sellos con sus manos antes de colocarlas, emitiendo un permanente brillo zafiro, sobre el pecho de Alejandro, tras quitarle la camiseta —. Uff, esta ardiendo eh.

—¡Chicos! Creo que no es casualidad las turbulencias —dijo Oscar al mirar por una de las ventanillas.

Lo que Oscar vio fue varios tornados tomando forma a su alrededor, haciendo que resultara de verdadero mérito para el piloto lograr volar por aquella zona.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué están surgiendo tornados? —preguntó Isaac mientras se acercaba a la puerta de la cabina y la abría —. ¿Dónde estamos?

—Llegando a la frontera de Rusia —respondió el piloto.

—Ya entiendo, nos estamos acercando a la zona. Por eso ha reaccionado el emblema —terminó de decir el hechicero de la tierra mientras miraba hacia Alejandro, a quién Adrián estaba aliviando su dolor con sus brillantes manos colocadas en su pecho.

Al final, los fuertes vientos provocaron que el avión se acercara demasiado a uno de los tornados y el avión terminó viéndose afectado. La fuerza del tornado era tal que el piloto se vio incapaz de hacer nada. Un poste atravesó el cristal ensartando al piloto. Su cuerpo cayó sobre los mandos y accidentalmente apagó los motores.

—¡Mierda! Tenemos que irnos —dijo Oscar justo antes de que se resquebrajaran las paredes y saliera volando parte de ellas.

Rápidamente, todos se cogieron unos a otros y Alejandro les fundió a todos con el propio viento. Cuando reaparecieron, lo hicieron en medio de una de las calles de Moscú.

—Bien, creo que hemos llegado —afirmó Alejandro mientras miraba a su alrededor.

—¡¿Esto es Moscú?! —preguntó Oscar mientras se comenzaba a acariciar los brazos.

Fue entonces cuando escucharon una explosión y vieron como un campo de energía aparecía no muy lejos de allí.

—¡Un campo de energía mágico! ¡Vamos!

Alejandro repitió el proceso, fundiendo a los cuatro con el viento y reaparecieron en el interior de aquel campo de energía, donde un grupo de hechiceros del fuego, vestidos arropadamente por ropa táctica de combate, estaban acribillando a una extraña criatura de hielo a base de ráfagas de fuego que estaban lanzando por las hojas que empuñaban. Aquella criatura de hielo era el mismo chico al que había congelado aquella chica, solo que ahora tenía bastante escarcha en torno a su cuerpo. La bestia comenzó a recibir los disparos de fuego, soltando gritos de dolor mientras que su cuerpo se iba cubriendo de llamas que terminaron por desintegrarlo en apenas unos instantes.

Aquellos hechiceros comenzaron a hablarse en ruso, haciendo que Oscar y compañía realizaran un rápido sello de traducción a partir del cual pudieron comenzar a escucharles en su idioma.

—¡Amenaza neutralizada! —escucho decir a uno de aquellos hombres, por

el auricular que debía de llevar en el oído.

—Ey, mirad —Uno de aquellos hechiceros del fuego se fijo en ellos cuatro —. Visten como los hechiceros de España. ¿Serán ellos?

—Ey, hola. ¿Quiénes sois? —preguntó uno de esos hechiceros de asalto mientras se acercaban a ellos.

—Hola. Mi nombre es Oscar y ellos son Isaac, Adrián y Alejandro. Venimos de España. Creo que os avisaron de nuestra llegada —afirmó Oscar.

—Sí, algo he oído ¿Pero no veníais en avión?

—Sí, bueno, hemos tenido un accidente. Unos tornados alcanzaron el avión en el que veníamos y tuvimos que usar nuestra magia para escapar de allí con vida.

—Vaya, lo siento —dijo otro de aquellos agentes mientras se fijaban en lo mal que lo estaban pasando los cuatro con el frío.

—Vamos, os llevaremos al cuartel y podréis daros una ducha xerófila.

—¡¿Qué?! —preguntó Oscar sorprendido.

—Ósea, aquí usan la poción xerófila diariamente para ducharse y tú preparando la poción en el viaje —le dijo Oscar a Adrián mientras caminaban por el largo pasillo del vestíbulo del subterráneo cuartel, donde había un importante sistema de calefacción que mantenía todo el lugar caliente.

—Un placer tenerles aquí, séptima brigada española —saludó el oráculo, a quién se encontraron en esa especie de patio interior al que llegaron.

—Vaya, no te pareces en nada al nuestro —dijo Alejandro tras mirar al oráculo de arriba abajo, al ver que al igual que el de España llevaba una larga túnica con capucha que tapaba todo lo que llevaba debajo.

—Espero que no le suponga ningún problema, agente Suárez. Los oráculos debemos mantener nuestra identidad en secreto por el bien de todos y ahora, permítame que les presente al hechicero que les llevará a su cuarto. Mañana, os escoltarán hasta el Palacio Rojo. Creemos que el emblema está ahí abajo, ya que la fuente de energía que provoca esos

tornados la hemos sentido debajo de esa joya arquitectónica.

—Bien, genial. Eso significa que mañana conseguiré mi emblema —concluyó Alejandro, quien no podía evitar empezar a sentirse bastante nervioso.

Los cuatro fueron llevados a su nueva habitación para los días que permanecieran allí. Era una habitación con cuatro camas individuales, preparada expresamente para brigadas. En ese cuarto, y tras darse una cálida ducha xerófila, los cuatro se fueron a dormir, incluyendo Alejandro quién, curiosamente, logró dormir tranquilo al haberse relajado bastante el dolor de su pecho.

Capítulo 6

Al día siguiente, el grupo se encontraba en una mesa del comedor desayunando lo típico de la zona; gachas con leche, té caliente, sándwich con mantequilla y salchichas.

—Umm, la verdad es que no se lo montan mal para desayunar —dijo Oscar tras comer un trozo de sándwich —. Buah, entre la ducha xerófila y esto, no puedo estar mejor.

—Con el entorno frío en el que viven, es normal que se metan tantas calorías en el desayuno —comentó Isaac antes de llevarse a la boca una cucharada de gachas —. Esto está rico la verdad.

Los cuatro no iban vestidos con sus uniformes normales; en su lugar llevaban monos de neopreno, aunque respetando los colores de cada uno. Esos monos de neopreno eran la vestimenta común en los hechiceros de allí, ya que les ayudaba a protegerse del frío.

—¡Chicos! —la voz del oráculo sonó a la espalda de Oscar y Adrián —. Llegó la hora; un equipo os escoltará hasta el palacio rojo. Cuando terminéis, id al vestíbulo; allí os esperaran.

—¡Bien! Gracias —dijo Isaac representando al grupo.

—Bueno, parece que llegó la hora —dijo el rubio presentando claros síntomas de nerviosismo.

—Tranquilo, todo saldrá bien —le dijo Adrián tratando de animarlo —. Y estarás con nosotros.

—¡Cierto! No dejaremos que te pase nada —concluyó Isaac.

Un grupo de tres coches blindados cruzaba una de las carreteras principales de la ciudad, cuando entonces y ante ellos, se abrió un agujero de gusano.

—¡Quietos! ¡Quietos!

Los tres coches se detuvieron frente a aquel agujero de gusano y los agentes salieron de los coches, preparándose en posición de combate.

—¿Qué ocurre? —preguntó Oscar mientras salían del vehículo.

Fue entonces cuando, de aquel portal, salió un chico alto y moreno de cuerpo delgado y fibroso, vistiendo un traje de cuero esmeralda y dorado formado por pantalón y chaleco sin mangas, que dejaba al descubierto los definidos brazos del muchacho y sobre los que había tatuados varias runas.

—¡¿Eso son runas nórdicas?! —preguntó Adrián sorprendido, al fijarse en las runas que ese chico llevaba en los brazos.

—Hola, elements. Mi nombre es Vali y vengo de Asgard —Aquella declaración hizo que los cuatro muchachos intercambiaran miradas de complicidad, al igual que el resto de hechiceros —. Vuestro mundo corre peligro.

—No sabía que existía Asgard —asintió Adrián, cuando junto al resto de sus compañeros se encontraban en la sala de reuniones del cuartel, reunidos con el oráculo y el tal Vali.

—Pues sí. Asgard es uno de los nueve reinos que forman el plano del que vengo —respondió Vali.

—Antes de que sigáis preguntando, debo explicaros que, aunque la Fuerza Universal creó los planos paralelos partiendo del planeta Tierra, esos planos paralelos tienen su propia réplica de esta galaxia. Hay cosas que ni la propia Fuerza Universal puede evitar.

—Como la llegada de esa bruja a vuestro mundo —intervino Vali atrayendo la atención de todos —. Hace algo más de 24 horas, una bruja del hielo de mi mundo cruzó el umbral de nuestros mundos para llegar

hasta aquí y comenzar a crear su legión de gigantes del hielo.

—¡¿Gigantes del hielo?! ¿Eso es lo que aniquilaron anoche? —preguntó Alejandro al oráculo.

—Así es —respondió el oráculo.

—Los gigantes del hielo son una plaga en mi mundo, creados por las brujas de hielo. Los gigantes del hielo llevan años atemorizando a los mortales. Afortunadamente, los asgardianos logramos salvar Midgard y llevar a los gigantes del hielo y sus brujas a un entorno más apropiado para ellos; Jotunheim. Sin embargo, parece que de alguna forma una de esas brujas ha logrado llegar a este mundo y he venido para destruirla antes de que provoque el caos aquí.

—¿Cómo crea a esos gigantes? —preguntó Isaac.

—Convirtiendo a humanos. Les gusta mucho atraer a incautos jóvenes. Suelen convertirlos durante los actos sexuales. Solo necesitan tocarlos para convertirlos, pero ellas prefieren disfrutar algo más del momento. El proceso comienza por la congelación del individuo y ellas, bueno, digamos que les gusta mucho soplar su gélido aliento ahí abajo —explicó el dios nórdico haciendo referencia a lo que había entre las piernas de los hombres.

—¡Uff!

—Bueno, primero id a por el emblema y luego ayudad a Vali a acabar con esa bruja —les pidió el oráculo.

Tras aquella reunión, volvieron a subirse en los coches, esta vez con Vali incluido, y comenzaron a cruzar la ciudad hacia el palacio rojo. Mientras lo hacían, Oscar se quedó pensativo en los detalles de la forma que tenía esa bruja de crear gigantes de hielo.

—¿De que te ríes? —le preguntó Adrián al ver a Oscar reírse.

—Nada, estaba acordándome de cuando nos enseñaron a convertir a los demás en armas eróticas.

—Jajaja, una clase muy entretenida y particular. A mí me tocó de voluntario —afirmó Adrián.

—¿En serio?

—Sí, aunque soy cortado y no quise ofrecerme, me eligieron por verme excitado. Tendrías que ver mi cara cuando el instructor hechizó mis bóxer.

—Jajaja, mi primera conversión fue con dos compañeras; me ensartaron con dos entrepiernas y presenciaron delante de mí como me convertía. Menuda gozada fue aquello.

Mientras hablaban, los coches terminaron de llegar junto al palacio rojo donde bajaron de sus vehículos y, mientras la escolta quedaba fuera, los cuatro muchachos entraron en el palacio acompañados por Vali.

—Aquí está. ¡La Catedral de San Basilio! —dijo Oscar mientras empezaban a subir los escalones de aquella arquitectura ortodoxa.

—Está cerrada —dijo Adrián después de llegar a una dorada puerta, de doble hoja adornada con piedras preciosas.

Isaac realizó un rápido sello con sus dedos y apuntó con uno a la cerradura. Un fino rayo de luz emergió del dedo al interior de la cerradura y el portón se abrió de par en par.

—¡Adentro! – dijo Isaac.

—Sois buenos la verdad —admitió Vali mientras les seguía al interior de aquel lugar —. ¿Y ese emblema se encuentra aquí?

—Sí, eso parece —dijo Alejandro mientras caminaban por su interior y justo antes de que su pecho volviera a comenzar a arder —. ¡¡ARGHHH!!

—¡¡Jandro!!

—El emblema me llama.

Alejandro, quien no estaba sintiendo un dolor tan fuerte como antes, comenzó a caminar a la vez que se sentía atraído por algo. Tras dar la vuelta a una esquina, llegaron a un nuevo pasillo donde Alejandro, en un trozo de pared, vio brillando el símbolo del aire.

—¡Aquí! Es aquí —El hechicero del viento se acercó para tocar el emblema.

—¡No! ¡Espera! —advirtió Isaac, pero sin lograr evitar que Alejandro tocara aquel símbolo.

Al tocar ese símbolo, Alejandro se vio succionado por un vórtice, abierto en el propio símbolo de la pared, y dejando la ropa del hechicero en el suelo. Al desaparecer el vórtice, el símbolo de la pared también lo hizo.

—No os preocupéis. Es posible que tenga que superar su propia prueba personal —dijo Vali —. Una prueba preparada para el gran descendiente del viento.

—Pareces saber bastante al respecto —comentó Oscar mirando al moreno.

—Bueno, mi padre Odín me ha contado alguna cosilla si. Sé que los element acabáis de llegar a esta realidad como quien dice, y que estáis a la espera de que vuestros emblemas os llamen a cuatro de vosotros. Sospecho que estoy ante esos hechiceros. Me comentó que os tocaría pasar a cada uno por una dura prueba.

—¿Y cómo sabe tu padre tanto? —le preguntó Isaac.

—Es Odín, el padre de todo; no hay nada que él no sepa —respondió Vali esbozando una sonrisa —. ¡Vamos! Hay una bruja que cazar. Cuando vuestro hermano termine, lo sabréis.

Los tres element se miraron los unos a los otros, antes de seguir los pasos de Vali a las afueras de la iglesia.

Un joven desnudo terminaba de congelarse justo antes de que aquella alta chica de largo cabello albino, levantara su cabeza sobre la entrepierna del joven.

—Bien, creo que ya es suficiente —dijo ella mientras se apartaba del chico y se levantaba de aquella cama de piedra, para mirar a la enorme tropa de gigantes del hielo que había formado y reunido en el interior del abandonado local en el que se encontraban.

Segundos después, los ojos del joven de la cama comenzaron a brillar y el muchacho, convertido en uno más, se levantó.

—Atacad la ciudad y convertid a todos los que podáis —ordenó la bruja antes de comenzar a hacer ciertos sellos con sus manos.

De sus manos comenzó a emerger una terrible y fría neblina que, además de cubrir el local en un momento, emergió por los pequeños ventanales abiertos que había allí. La neblina comenzó a extenderse por la ciudad a gran velocidad, haciendo que la visibilidad en su interior disminuyera considerablemente.

—Esto es cosa de ella. Es lo que hace cuando pretende lanzar una ofensiva. Arrasará esta ciudad si no hacemos algo —dijo Valí mientras que, desde la salida de la iglesia y junto a los element, observaba como la neblina se extendía llegando hasta ellos —. ¿Pero por qué aquí? ¿Qué le llamara de este lugar? Tal vez sea cierto lo que dijo mi padre de que no era casualidad que viniera justo cuando veníais vosotros.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Oscar justo antes de que un ruido les llamara su atención y vieran a varios gigantes del hielo llegar a la zona en la que se encontraban.

Vali hizo un movimiento con su arco, apuntando con su brillante dedo hacia los gigantes del hielo y del arco emergió un corte de luz que partió por la mitad a dos de los gigantes, haciendo que las dos mitades de su cuerpo cayeran al suelo, reventando el hielo en forma de cubitos.

—Recordad que, aunque eran humanos, ahora no son más que demonios. No tengáis piedad con ellos —pidió Vali antes de lanzar una lluvia de luminosas flechas con las que alcanzó las frentes de otros dos gigantes.

Las flechas de luz reventaron volándoles las cabezas, siendo el resto de sus cuerpos lo siguiente en reventar.

—Yo seguiré el rastro hasta la bruja, vosotros encargaos de los gigantes. Si acabo con la bruja, ellos morirán —Vali comenzó a correr mientras lanzaba flechas de luz —. Que no os toquen u os convertirán.

Oscar hizo un par de sellos y por sus manos comenzó a lanzar bolas de fuego mientras esquivaba los proyectiles de hielo que le llegaban. Adrián hizo que unas hojas de agua a presión aparecieran en torno a sus manos y con ellas comenzó a lanzar cortes de agua con los que iba destrozando los proyectiles de hielo, además de alcanzar la cintura de un gigante con la que logro destruirlo.

Isaac usó un conjuro con el que materializó dos espadas y, haciendo gala de sus habilidades atléticas, comenzó a combatir a los gigantes del hielo.

Alejandro, entre tanto, se encontraba totalmente desnudo en el interior de una oscura caverna, iluminada únicamente por unas brillantes y grandes gemas que brillaban en un tono albino, sobre los pedestales que había sobre lo alto de unas torres. Alejandro se encontraba sobre una de ellas y rodeado por un gran vacío. El chico se encontraba buscando una salida, volando entre columnas aprovechando la gran concentración de viento

que había en torno a esas gemas luminosas.

Luego llegó un momento en el que Alejandro no veía nuevas gemas, pero sí que vio una pequeña luz procedente del fondo. Él sintió una poderosa fuerza de aire ante él que giraba sobre sí misma. El hechicero sonrió y luego realizó un par de sellos mientras saltaba al vacío. El chico se fundió con el viento de aquel pequeño e invisible tornado, y reapareció al fondo de aquel lugar, junto a aquella gema brillante que había visto desde allí arriba.

Nada más pisar aquel suelo, ante él, varios pedestales se prendieron iluminando un pórtico de entrada, en la pared de aquella caverna. El chico comenzó a caminar y, nada más cruzar el umbral, sintió como una especie de ajustada malla negra le cubría de cintura a muslos.

Tras atravesar aquel pasillo de piedra, llegó a un nuevo precipicio con una entrada al fondo. Alejandro se fijó en que a su lado y en la pared, había dos extrañas barras con orificios en los extremos. Al cogerlos, unas runas comenzaron a brillar en las barras y por ellas comenzó a emerger aire que hicieron que Alejandro saliera disparado sobre el precipicio. El chico pasó unos segundos angustiosos hasta que al final logró hacerse con el manejo de esas barras y usarlas para volar hasta el otro lado. Al llegar, el chico soltó las barras para caer con los pies sobre la entrada de aquel nuevo camino.

—¡Segunda prueba superada! —susurró Alejandro al ver como aquella malla se extendía, recubriendo el resto de sus piernas y su torso y espalda.

Caminando por aquel nuevo camino, el chico llegó hasta una pequeña sala con un altar circular en el centro, al que se llegaba por las escaleras que tenía delante, y rodeando aquel altar, había cuatro estatuas de gente encapuchada con las manos formando triángulos y el símbolo del aire en sus espaldas.

—¡¿Y ahora?! —preguntó el muchacho mientras subía los escalones y se colocaba en el centro de aquel altar.

Al ponerse encima, un enorme símbolo comenzó a brillar bajo sus pies; era el símbolo del viento. Los símbolos de aquellas estatuas comenzaron a brillar también y de entre las manos de aquellas estatuas emergieron unos haces de luz que alcanzaron el cuerpo de Alejandro. Esté comenzó a gritar de dolor mientras que su cuerpo iba convirtiéndose en puro viento, que con cada segundo iba cogiendo fuerza. Un increíble huracán contenido se había formado en el interior de aquella sala; un huracán que, a pesar de su fuerza, no estaba afectando a la estructura de aquella sala. Aquellas estatuas seguían liberando energía por sus manos, hacia algo que debía de haber dentro de esa tormenta pero que no se veía por el tornado

formado a su alrededor. El huracán comenzó a disminuir y todo el viento fue concentrándose en un único punto, en el centro de aquel altar donde poco a poco fue tomando forma humanoide. Al final, Alejandro reapareció con ese mono de malla sin mangas, pero que ahora alternaba el tono negro con el plateado, que dibujaba el emblema del aire en su pecho además de verse presente en la zona pélvica, en la parte inferior del estómago y en las piernas. Los ojos de Alejandro brillaban intensamente en un tono plateado.

—Lo siento, siento el viento salir y entrar por mí, le siento a todo él. Algo dificulta su paso sobre la ciudad, lo siento "alterado".

Alejandro desapareció de pronto en la sala y reapareció a las afueras de la iglesia, viendo cómo un par de gigantes del hielo se abalanzaban sobre sus amigos. El element del viento les apuntó con su mano lanzando una poderosa fuerza de aire con la que los gigantes salieron disparados mientras que el fuerte golpe hacia que sus cuerpos se destrozaran.

—¡¡Alejandro!! —exclamó Oscar mientras veía como Alejandro materializaba en su diestra una especie de lanza echa de puro viento.

—¡Lo ha conseguido! —susurró Adrián mientras realizaba un sello con el que hizo que el agua de una fuente soltara varias lanzas de agua a presión, que acribillaron a otro de los gigantes.

Alejandro se abalanzó contra los gigantes usando su improvisada arma contra ellos. A medida que movía aquella lanza, sus extremos iban creciendo a conveniencia, destrozando las heladas extremidades de los gigantes del hielo. Alejandro comenzó a inspirar, tragando una buena cantidad de aire, y luego lo expiró todo liberando un buen torbellino con el que golpeó a varios gigantes que salieron disparados.

—Se ha vuelto muy poderoso —comentó Isaac tras decapitar a un gigante con una de sus espadas.

Entre tanto, Vali cruzaba una de las calles lanzando flechas luminosas a diestro y siniestro destruyendo gigantes del hielo sin parar. El moreno, de cuerpo atlético, hacía gala de acrobacias mientras lanzaba un haz de energía luminosa con el que partió a una fila de dos gigantes por la mitad.

—Vaya, pero si es Vali, el hijo de Odín; el portador de la luz y dios de los arqueros —El chico escuchó aquella fémina voz salir de la nada —. Será un placer convertirte en uno de los nuestros.

—Eso jamás, bruja —afirmó Vali antes de dibujar una runa en su arco y luego lanzar una flecha luminosa al cielo donde reventó liberando un

destello que disipó la neblina en la zona.

—Umm, veo que el padre de todos te ha enseñado un poco de magia.

Un fuerte viento helado comenzó a concentrarse frente a Vali y la bruja del hielo tomó forma lanzando por su mano una buena ráfaga de aire helado contra el asgardiano. Vali comenzó a disparar un haz de energía luminosa por su arco logrando frenar el avance del ataque de la bruja. Entre tanto, Vali sintió algo, miró hacia su costado y vio una poderosa fuerza de aire en la zona de la iglesia.

—Eso y algo más.

Vali hizo varios sellos con la mano libre mientras que aquellos dos ataques se anulaban, y luego lanzó cuatro flechas hacia diferentes extremos.

Las flechas reventaron haciendo que los element aparecieran allí de repente.

—¡Ehh! ¿Qué hacemos aquí?

—Os he traído yo —respondió Vali —. Quiero que escuchéis algo.

—¿Qué pretendes? —le preguntó la bruja a Vali.

—Cuéntales por qué estás aquí. Creo que les interesará oírlo.

Enojada, la bruja comenzó a expulsar dos rayos de hielo por sus manos contra Vali, pero Alejandro hizo que un rápido golpe de viento desviara aquellos proyectiles que golpearon contra el muro de un edificio. Entonces, un anillo de fuego apareció alrededor de la bruja, dejándola aparentemente atrapada al juzgar la expresión en su cara.

—¡Buena, Oscar! —felicitó Vali antes de devolverle la atención a la bruja —. Será mejor que hables.

—Está bien, está bien. Hice un pacto.

—¡¿Un pacto?! —preguntó Isaac intrigado.

—Un hechicero vino a Jotunheim y me pidió que viniera a causar el caos en Rusia.

—¿Y cuándo acudió a ti ese hechicero? —le preguntó Vali.

—Cuando aparecieron esos tornados por aquí —respondió ella.

—¿Qué casualidad que justo te haya mandado aquí cuando ellos vienen, no?

—¡¿Casualidad?! —Preguntó la bruja —. Ese hechicero quería encontrarlos. Debía de imaginar que los tornados tendrían algo que ver con ellos. Por lo que sé, ya intentó encontrarles con un cambiaformas, pero el cambiaformas fue eliminado antes de poder llegar a donde se ocultan.

Los element se miraron unos a otros y luego Vali lanzó su haz luminoso con su arco destruyendo a la bruja, como si fuera un gigante del hielo más. Al caer la bruja, los gigantes del hielo que aún seguían vivos por el lugar, reventaron llenando parte de la ciudad de cubitos de hielo.

—¡Genial! Así que tenemos a alguien respirándonos en la nuca —comentó Adrián preocupado.

—Yo no sé quién es; creo que mi padre sabe algo más, pero tenemos prohibido entrometernos en estos asuntos. He venido porque la bruja pertenece a mi mundo.

—Tranquilo, Vali, creo que lo entendemos. Nosotros tampoco podemos inmiscuirnos en los problemas de los mundos, salvo cuando se trata de cuestiones relacionadas con el mundo oscuro —comentó Isaac —. Ya nos encargaremos nosotros de averiguar quién es ese hechicero.

—¡Bien! —Vali les estrechó la mano —. Ahora he de irme a mi mundo —dijo antes de llegar hasta Alejandro, a quién le dio una palmadita en su pecho —. Enhorabuena por ese emblema. Tu poder es impresionante ahora.

—¡Gracias!

En ese momento, el emblema de Alejandro comenzó a brillar y en apenas unos instantes, el muchacho se encontraba desnudo y arrodillado en el suelo.

—¡¡Alejandro!! ¿Qué ocurre? —preguntaba Oscar mientras ayudaban a Alejandro y lo sujetaban.

—No sé, creo que he usado mucha energía. Me siento agotado.

—¿Habrás perdido todo ese poder? —preguntó Isaac.

—No, no lo ha perdido —respondió Vali —. Lo siento dentro de él, pero, es lo que dice, no está acostumbrado a él y deberá usarlo con cierta cautela. Del mismo modo que no puede usar el viento para viajar así como así, ya

que según la distancia requiere mayor energía.

—Sí, la verdad es que me sorprende que estuvieras en pie después de sacarnos de ese avión con esos tornados rodeándonos —comentó Oscar a Alejandro.

—¿Logró hacer eso? —Preguntó Vali antes de esbozar una sonrisa —. Sin duda sois hechiceros poderosos. Normalmente, a los hechiceros les cuesta mucho viajar entre masas de aire tan resistentes. Bueno chicos, me voy. Que descanse y tened mucho cuidado. Seguro que nos volveremos a ver en el futuro.

—¡Gracias por todo!

Tras despedirse, Vali hizo una larga y rápida combinación de sellos con la que hizo que ante él, se abriera un agujero de gusano que atravesó, cerrándose tras su paso.

A los pocos segundos, varios coches blindados del cuartel aparecieron y varios compañeros les ayudaron a subir a Alejandro al interior de uno de los coches, tapándolo con algunas mantas mientras que Oscar usaba un conjuro para darle calor a su amigo.

—Gracias por ayudar a Vali, y enhorabuena por ese emblema —les felicitó el oráculo de Rusia en el vestíbulo, después de que Alejandro se recuperara un poco y se encontrara ya vestido con algo de ropa que le llevaron —. He avisado al cuartel de allí de lo ocurrido y, en un par de días, tendrás otra vez tu uniforme en casa.

—¡Gracias! – le dijo Alejandro.

—También he avisado de lo de ese hechicero. Si hay un hechicero tras vuestra pista, eso es algo que nos puede afectar a todos, así que los oráculos hemos decidido ponerlo como caso internacional. Estaremos todos muy atentos al respecto y os haremos saber.

—¡Gracias, señor! —dijo Isaac en nombre de los cuatro.

Tras despedirse, la séptima brigada fue escoltada al aeropuerto donde ya les esperaba otro avión militar con un nuevo piloto.

—Hola, lamentamos lo de su compañero —le dijo Isaac mientras le estrechaba la mano.

—No se preocupen. Es el riesgo que se corre a fin de cuentas —comentó el militar en un tono un tanto seco.

El avión hecho a volar en dirección a Asturias, a donde llegarían en unas horas y donde podrían descansar y recuperar energías para ponerse al lío con la búsqueda de ese misterioso hechicero, que parecía tener cierta fijación por ellos.

Capítulo 7

Capítulo 06: Los demonios de la lujuria

Un grupo de chicos en ropa interior se encontraba bebiendo y bailando con una chica en el salón de un lujoso chalet; un salón que llevaba a una terraza con una enorme piscina.

—Eh, chicos, ¿os apetece un baño con esta preciosidad? —preguntó uno de aquellos atractivos jóvenes.

Aquel chico se quitó los calzoncillos y luego se dejó caer al agua con la chica, viéndose rápidamente acompañado por el resto de chicos que también se tiraron desnudos y, entre todos y con ayuda de sus entrepiernas carnívoras, comenzaron a devorar el cuerpo de la joven, llenando de sangre el agua de aquella piscina.

Adrián se encontraba en la cocina friendo churros mientras mantenía la cafetera al fuego.

—Umm, ¿Olor a fritanga tan temprano? —preguntó Oscar, quien llegaba luciendo boxers carmesí y una camiseta de tirantes.

—Sí, bueno, estoy haciendo churros para desayunar —respondió Adrián mientras usaba una paleta para darle la vuelta a los churros que tenía en la sartén.

—Y veo que has preparado zumo natural —dijo Oscar mientras cogía la jarra de zumo de naranja y se servía un vaso —. Ya te he visto madrugar antes, ¿pero a qué se debe esto?

—Bueno, hace ya un mes desde que nos conocimos y comenzamos a vivir juntos, así que quería celebrarlo. —respondió el moreno esbozando una

sonrisa.

—¡¿Un mes ya?! ¡Vaya!

El hechicero del agua servía el último churro sobre una bandeja mientras que Oscar se preparaba su café con leche, cuando Alejandro e Isaac llegaban de entrenar en la sala secreta.

—¡¿Qué?! ¿Sigues sin saber cómo acceder a ese poder que conseguiste el otro día? —le preguntó Oscar a Alejandro.

—Nada, sigo siendo igual que antes. No sé cómo hacerlo —respondió el rubio mientras negaba con la cabeza y mientras cogía un churro para comenzar a comerlo.

Fue entonces cuando se abrió un portal y por él llegó Ángel con un nuevo informe.

—Hombre Ángel, va a volverse costumbre tus visitas mientras desayunamos —dijo Isaac.

—Bueno, es la hora a la que entregamos las misiones —afirmó el intermediario.

—¿Sabéis algo sobre ese hechicero que va detrás de nosotros? —preguntó Adrián mientras bebía un poco de su zumo.

—No, aún no tenemos nada, pero sí que tenemos una misión que os puede interesar —asintió Ángel mientras le entregaba el informe a Alejandro, quién era al que tenía más cerca.

—¿Otra vez los incubos? —preguntó el hechicero al ojear el informe.

—No, no creamos que sean. Estas desapariciones están teniendo lugar de forma irregular; no hay un patrón en espacio de tiempo. Quien lo hace, lo hace por placer. Los íncubos lo hacen para alimentarse, por necesidad.

—¿Y qué creéis que es? —preguntó Adrián.

—Esperamos equivocarnos, pero creemos que se tratan de los lustdemon, o demonios de la lujuria.

—¡¿Lustdemon?! —preguntó el castaño con tono de preocupación.

—¿Quiénes son? —le preguntó Isaac al ver su cara.

—Son una especie demoníaca creada a partir del poder de una temible archidemonio —empezó a responder el hechicero del fuego —. Le gusta

atraer a jóvenes incautos y les convierte en esos demonios.

—¿Qué ocurre últimamente que todos los tíos babean por las brujas? —preguntó Alejandro.

—Es uno de los casos que tuve que enfrentar, al poco de salir de la academia —respondió Oscar —. Nunca imaginé que empezaría topándome con un enemigo así, con esa archidemonio.

—Parece que pasó algo importante —le dijo Adrián.

—Ella mató a mis primeros compañeros —afirmó Oscar —. Fue algo horrible.

—Había oído rumores de aquel caso. Se dice que una archidemonio llamada Bella llegó creando a ese grupo de demonios, pero enseguida dejó de saberse de ella —recordó Adrián.

—Ella se infiltró en la academia reemplazando a alguien, atrajo a varios chicos y los convirtió en esos demonios. Yo tuve que acabar con mis propios compañeros. No sabía como eliminarlos, ya que eran realmente poderosos y parecían inmortales, hasta que al final di con la solución.

—¡¿Ah, sí?! ¿Cuál? —preguntó Isaac.

Mientras Oscar explicaba, él recordaba la clase en la que aprendió aquella forma con la que se podía derrotar a los lustdemon.

—Bien, esta clase la vamos a dedicar a la parte erótica y os aseguro que la temperatura va a subir esta tarde —afirmó Álvaro, el instructor de la clase que iba con unos boxer negros —. Primero necesitamos un par de voluntarios.

—A ver chicas, ¿Quién tiene ganas de juerga? —preguntó Leticia, la instructora que llevaba un sugerente combinado carmesí.

—¡Yo! ¡Yo! Yo quiero hechizar —reía una chica con un ajustado combinado plateado, mientras se acercaba rápidamente a los instructores.

—¡Bien, bien! —exclamaron los instructores sonrientes.

—Venga, ahora un chico que esté caliente; seguro que alguno hay —dijo Álvaro, quien al ver que nadie daba un paso al frente, se fijó en ver quienes tenían el calzoncillo más abultado —. Vamos, tú, te ha tocado.

Algo nervioso, un joven hechicero del agua, que llevaba un ceñido boxer zafiro y que era el mismo al que tocó ser "voluntario" en la otra clase, comenzó a caminar hacia los instructores. Todos pudieron ver, que aquel chico, se encontraba un tanto excitado.

—¡Bien! Ahora os enseñaremos el conjuro que practicaremos hoy. El hechizo que haremos hoy hay que realizarlo directamente sobre la prenda íntima de la víctima, y funciona mejor cuando alguien está empalmado; por eso hemos elegido a estos dos compañeros para que veáis mejor sus efectos.

—¡¿Qué?! —preguntó nervioso aquel joven del boxer zafiro mirando al instructor a los ojos, justo antes de verle hacer varios y rápidos sellos con la mano, y ver como un haz de luz salía de su palma alcanzando de lleno la cobertura del boxer.

Aquel chico comenzó a sentirse más excitado mientras observaba cómo su boxer comenzaba a brillar. Nervioso, empezó a sentirse algo raro; sintió por un lado como se iba haciendo más delgado y por otra como su entrepierna iba creciendo, aumentando ligeramente su grosor. El instructor colocó la mano bajo su entrepierna, concretamente bajo el escroto, mientras que ya sus piernas se iban empezando a recoger, y aquel chico, entre gemidos, iba "desapareciendo" volviéndose su rostro tan delgado que ya no se le veía la cara. Al final, el joven terminó convertido en algo grueso y alargado con escroto, recubierto por una tela zafiro de licra.

—¿Y esa especie de enorme paquete de licra es él? —preguntó un alumno sorprendido.

—Sí, así es —dijo el instructor mientras lo sujetaba por la zona testicular —. Él yace en cierto modo atrapado en su interior. No es capaz de ver nada; está como dormido, pero sintiendo cómo le toco. Si hago esto —El instructor apretó varias veces y de forma suave, aquel gran escroto y con los dedos cerrados en torno al rabo —, él siente placer por ello —afirmó el instructor mientras todos veían como el enorme rabo se tensaba o destensaba, como si aquel joven se estuviera realmente estimulando en ese momento.

—Ahora te toca a ti —le dijo la instructora a aquella chica, quien se mostraba muy nerviosa.

—No, no, mejor no.

Ella empezaba a retirarse, pero la instructora hizo el mismo conjuro, alcanzando con esos haces luminosos ambas partes de su conjunto.

La chica sufrió un proceso similar en el que, poco a poco, tanga y sostén iban estando más cerca. Al final, la chica terminó encerrada en algo alargado y esponjoso, encerrado en licra carmesí con forma de bolas en los extremos. Parecía como una especie de barra esponjosa con formas esférica en los extremos.

—Ja, vistos así parecen armas —reía un muchacho —. Una vara y un cuchillo o aguijón, jajaja, mola.

—Sí, ¿Y sabéis que mola también? —preguntaba Álvaro intercambiando miradas de complicidad con Leticia, y antes de dibujar una runa en la punta de la entrepierna que estaba sujetando, algo que Leticia estaba haciendo con los extremos de esa "vara" que sujetaba.

Sin previo aviso, Leticia golpeó la entrepierna de aquel alumno con uno de esos extremos esféricos, haciendo que el chico dejara de sonreír de golpe y que viera cómo su boxer carmesí comenzaba a brillar. Por su parte, Álvaro ensartó con la entrepierna que sujetaba a una chica por su braga y ambas partes de su ropa interior comenzaron a brillar también.

—Con esa runa, podéis utilizar a vuestros compañeros para convertir a más. Y no importa el sexo, tan solo tenéis que tocar la ropa interior de vuestra víctima. Ni tampoco hace falta que la otra persona esté excitada. Eso solo es necesario para la primera transformación —explicó Álvaro a sus expectantes alumnos, mientras que esos dos alumnos, nerviosos y sonrojados, comenzaban a transformarse —. Vamos, vuestros compañeros están transformándose, aprovechad para armaros y transformar al resto de vuestros compañeros.

Tras la incitación de Álvaro, uno de los chicos no tardó en poner su mano en torno al paquete de ese compañero que estaba viéndose atrapado dentro de su propia entrepierna, la cual iba creciendo por segundos.

—Lo siento, tío, te prometo que te la cuidaré bien —le dijo al ver la mirada de su compañero, unos instantes antes de que dejara de apreciarse su rostro.

El juego comenzó y los que iban armados comenzaron a transformar a sus compañeros, quienes convertidos en nuevas armas eróticas, iban siendo recogidos por otros compañeros, logrando verse armados.

—¡¡Oscar!! —escuchó el castaño antes de girarse y ver a dos chicas armadas con entrepiernas, acercándose a él —. Nos preguntamos cómo

será ese cuerpazo transformado. ¿Nos echas una mano?

Oscar sintió aquellas dos entrepiernas golpeando contra su boxer carmesí, el cual comenzó a brillar y el chico comenzó a excitarse al verse siendo transformado delante de esas dos bellas compañeras.

—Hay que usar esa magia con ellos, o al menos sabemos que eso funciona con ellos. Fue casualidad, pero luego supimos que la única forma de que pierdan su inmunidad, es excitarlos de alguna forma.

—Bueno, os dejo. Sabiendo Oscar como vencerlos, lo tenéis fácil. Rastreadlos, encontradlos y acabad con ellos. Os dejo —dijo Ángel finalmente.

Ángel desapareció fundiéndose con el propio viento y dejando a los cuatro jóvenes solos.

—Vale, hay que investigar y encontrarlos, pero, antes de eso… —Isaac miró fijamente a Oscar —. ¿Alguno aparte de Oscar conoce esos conjuros?

—La asignatura fue suprimida tras unos meses, así que es fácil que no los conozcáis —respondió Oscar al ver como Alejandro y Adrián negaban con la cabeza

—Pues bien, Oscar… creo que tendrás que enseñarnos. Tendremos que incluso practicar entre nosotros —concluyó Isaac, provocando que Adrián y Alejandro lo miraran descontentos —. Vamos, tíos; será divertido y hay confianza. No es para tanto.

En la sala secreta, todo estaba acondicionado para que estuvieran bien aclimatados mientras entrenaban. Los cuatro se encontraban sobre una enorme alfombra.

—Vale. Como no podemos confiar en que cuando nos crucemos con ellos, estén ya en ropa interior. Os enseñaré a…

Pero en ese momento Oscar sintió un fuerte viento golpearle de forma abrumante.

Su ropa salió despedida de su cuerpo; saliéndose por si sola su camiseta y desabrochándose su pantalón, bajándose y arrojando a Oscar al suelo, dejándolo únicamente con sus ceñidos boxer carmesí.

—Ja, ¿creías que no íbamos a practicar contigo aunque te vistieras? —le preguntó Isaac.

—Lo siento, tío, pero Isaac tiene razón. Si vamos a pasar por esto, al menos pásalo tú también con nosotros —le dijo Adrián esbozando una sonrisa.

—Bueno, vale —dijo finalmente Oscar mientras terminaba de reincorporarse del suelo —. Y no sabía que sabías ese hechizo. ¿Vosotros dos lo sabéis?

Los dos se miraron y luego realizaron varios sellos con las manos, antes de lanzar por ellas aquel viento contra ellos mismos. Adrián contra Alejandro y viceversa, ambos se dejaron el uno al otro en ropa interior. Oscar entonces hizo lo mismo y se encargó de que Isaac quedara como ellos.

—Bien. Ahora, para poder convertir a la otra persona, salvo que tengas ya un "arma erótica", es bueno que se encuentre excitada o empalmada, como queráis llamar. Si se hechiza sin que la víctima esté excitada, el conjuro puede no funcionar bien.

—¿Asi?

Isaac hizo un par de sellos apuntando finalmente con el índice a Oscar, y éste, de pronto, comenzó a sentirse muy excitado, hasta el punto de verse algo duro y alargado, marcado por aquella ceñida tela carmesí.

—¡Cabrón! Oye, ¿seguro que no sabéis hacerlo? —preguntó Oscar mientras aguantaba el sudor que llevaba encima.

—No, tranquilo, jeje —se reía Isaac —. Te prometo que no se nada más que esto.

—Vamos, ahora vosotros —dijo Oscar antes de comenzar a hacer esos sellos, pero lentamente. Oscar usó el conjuro para excitar a Isaac y hacer que su entrepierna se empalmara bajo su boxer esmeralda.

—Bien. Ahora si quisiéramos hacerlo por motivos lúdicos, haríamos este

conjuro con el sello de reinversión.

—También podemos usar este —decía riendo Isaac mientras hacía un par de sellos con los que lanzó por su mano un concentrado haz de luz carmesí que impactó en la entrepierna de Oscar.

—¡¡Joder!! —Exclamó Oscar después de comenzar a sentir, durante unos instantes, un fuerte orgasmo que hizo que se tensara todo su cuerpo —. ¡Joder!

Oscar empezó a expulsar por su entrepierna una enorme cantidad de semen a presión, saliéndose por todo el bóxer y haciendo que el hechicero saliera disparado por la sala, mientras que su cuerpo quedaba totalmente pringado de semen. Entre tanto, sus tres hermanos se descojonaban de risa. Al final, Oscar terminó en el suelo recubierto de semen, con un aspecto un tanto esquelético al haber liberado toda su fuerza y el boxer, con el tono blanco del semen, marcando el churrito que le había quedado.

—Jajaja, bueno, anda —Isaac hizo varios sellos sobre Oscar e hizo que su cuerpo sufriera un pequeño retroceso en el tiempo hasta antes de que lo empalmaran —. Supongo que ya has tenido tu parte.

—Oye, trato de enseñaros —dijo Oscar mientras, sin rastro de semen y con su cuerpo limpio, se reincorporaba luciendo de nuevo sus limpios y ajustados boxer carmesíes —. Bueno, a ver. Como iba diciendo, practicaremos con el sello de reinversión, pero con los demonios hay que hacerlo sin él. Los sellos son estos.

Oscar comenzó a realizar los sellos lentamente para que sus amigos se quedasen con ello. Mientras los hacia, el castaño se fijó en que Adrián susurraba algo al oído de Alejandro y que ambos miraron a Isaac y a su entrepierna como si esperasen que el castaño fuera a usar al element de la tierra como mono de feria, como represalia.

—Y ahora tenéis que hacer esto —dijo Oscar tras terminar los sellos y mientras mantenía algo brillante en su puño cerrado.

Adrián parecía estar tratando de aguantarse la risa por imaginarse la transformación de Isaac, pero entonces el hechicero del fuego abrió su mano y el haz de luz golpeó en su zafiro boxer, haciendo que estos comenzaran a brillar mientras que la expresión del rostro del hechicero cambiaba totalmente.

—Lo siento, tío, pero no vamos solo Isaac y yo a pasar por esto —reía Oscar mientras veía como Adrián bajaba la mirada, al sentir cómo su entrepierna comenzaba a moverse ligeramente y comenzaba a aumentar de tamaño, mientras sentía como el resto de su cuerpo se veía succionado

lentamente por su propio miembro.

—Uff, madre, vaya cómo se te esta quedando —comentó Alejandro sonriendo al ver como le estaba creciendo a su amigo mientras él iba "adelgazando".

—Eii, ayúdame tío, dile que pare —le dijo Adrián nervioso mientras ponía la mano sobre su hombro.

—Ey ey, lo siento, tío, pero reconozco que tengo curiosidad por ver cuánto llega a crecer eso —reconoció el rubio mientras señalaba a su entrepierna —. Menudo salchichón, ¿eh?

—¡¡Jandro!! —llamó Oscar al ver que el cuerpo de Adrián llegó a un punto en el que sus piernas comenzaban a separarse del suelo —. Si le coges por ahí, además de estimularlo más, impides que se haga daño cuando termine su transformación; sus pies empiezan a separarse del suelo.

—Jajajaja, un placer.

Alejandro puso su mano bajo el escroto de Adrián, el cual estaba caracterizándose por ser delgado pero más largo. Alejandro miraba con una sonrisa a la sonrojada de Adrián, mientras dejaba de distinguirse.

Al final, todo el cuerpo de Adrián terminó atrapado en esa larga entrepierna encerrada por la licra de tono zafiro. Alejandro se quedó mirando el paquete que tenía entre sus manos y luego miró a Oscar, este asintió. El hechicero del aire apretó fuertemente aquel paquete y él paquete reventó liberando una explosión de semen que empapó a Alejandro, a la vez que Adrián reaparecía saliendo disparado contra el suelo mientras liberaba toda la carga de semen de una forma idéntica a la que Oscar un momento antes.

—No hay noticias, ¿no? —preguntaba un chico en bañador a otro en calzoncillos, mientras tomaban el sol tumbados en aquellas tumbonas que tenían junto a la piscina.

—No, pero dales tiempo. Aparecerán —dijo el del slip negro, quién tomaba el sol luciendo unas gafas que tapaban sus ojos.

—Espero que tengas razón. Cuento con vosotros —dijo el del bañador turquesa, quien lucía buenos abdominales ante el sol, mientras se relajaba

en aquella tumbona.

Aquellos dos muchachos se encontraban disfrutando del día mientras se tomaban unos cocktails que se habían preparado.

—Bueno, ahora que ya hemos terminado con las prácticas, nos hemos reído y estamos duchados y vestidos, es hora de buscar a los lustdemon —comentó Isaac mientras los cuatro, llegaban de nuevo a la sala secreta, duchados y vestidos con sus uniformes.

La sala estaba limpia de nuevo y sin rastro del semen que había antes. Oscar e Isaac se encontraban mirando sus libros de hechizos mientras que Alejandro y Adrián iban a la mesa para rastrear sobre un mapa.

—Voy a ver si logro crear un conjuro que unifique todos los pasos que debemos de hacer y así evitar tener que hacer tres hechizos separados —comenzó a decir Oscar mientras escribía en una hoja sobre el libro.

—Un poco complicado y complejo eso, ¿no? —preguntó Isaac —. ¿Y no es mejor que trabajemos en equipo y que cada uno de nosotros haga uno de los hechizos?

—Eso estaría bien si no fuera porque probablemente sean más de uno. No habrá tiempo para tanto.

—Vale, parece que aquí hay una buena concentración de energía demoníaca —dijo Adrián al ver como en el mapa brillaba intensamente un punto muy concreto —. Algo gordo pasa aquí.

—Sí, casi parece como si nos estuvieran llamando —asintió Alejandro.

—Pues en ese caso no les hagamos esperar —dijo Oscar mientras terminaba de escribir —. Bien, creo que este conjuro servirá. Es un conjuro que sirve para estimular a la víctima y hace que a medida que se estimule, se vaya convirtiendo. Les va a doler un poco pero bueno, se lo tienen bien merecido.

Oscar hizo tres copias más del conjuro en unos trozos de papel y se los entregó a sus compañeros.

—Bien, ¿a cuánto están de aquí? —preguntó Oscar a Alejandro.

—Creo que puedo llevarnos.

—¡Bien!

Los cuatro salieron de la casa, se agarraron a Alejandro, este cerró los ojos para poder sentir bien el viento e hizo que los cuatro se fundieran con el propio viento, reapareciendo a la entrada de aquel chalet.

—¡Adelante! Tu hechizo para ver a través de la materia.

Oscar dio pie a Isaac para que usara su magia.

El hechicero de la tierra comenzó a realizar sellos hasta que sus ojos comenzaron a brillar siendo capaz, con ellos, de ver a través de las paredes.

—Los veo repartidos en dos estancias en concreto —susurró Isaac —. Adrián, tú abrirás una puerta allí para mi y para Oscar. Alejandro, tú ve con Adrián. Chicos, recordad el sello de repetición y no necesitaremos repetir todos los sellos con cada vez que queramos usar el conjuro.

—¡Entendido!

Adrián hizo varios sellos e hizo que un trozo de pared de aquel chalet se convirtiera en un portal brillante líquido. Oscar e Issac cruzaron el umbral y el portal se cerró devolviendo a la pared a su estado original.

—¡Están aquí! —dijo uno de los tres tíos que yacían reunidos en aquel amplio salón, y que se encontraban vestidos.

Los lustdemon comenzaron a lanzarles esferas de energía pero Oscar supo actuar a tiempo, haciendo unos rápidos sellos con los que levantó una barrera de fuego entre ellos y las esferas de energía. Entre tanto, Isaac realizaba el complicado conjuro que el propio hechicero del fuego había diseñado.

—¡Ahora! —exclamó Isaac haciendo que Oscar abriera la barrera.

Al abrirse el escudo, Isaac abrió su mano liberando un haz de luz que alcanzó la zona pélvica de uno de los lustdemon, y al hacerlo, su ropa se desprendió de su cuerpo mientras que sus boxer blancos comenzaban a brillar.

—¡¡NOOO!! —gritó aquel chico antes de verse en cuestión de segundos convertido en un enorme paquete envuelto por una licra albina.

—¡¡¡ZACK!!! —gritaron el resto de aquellos demonios.

—Vaya, parece que lo hice bien potente —susurro Oscar mientras hacía los sellos de su propio conjuro e Isaac repetía el proceso con otro de los tres.

El último de los demonios alcanzó la espalda de Isaac con una bola de energía con la que salió disparado, pero justo después, Oscar acabó con ese demonio del mismo modo que Isaac había hecho con los otros dos.

—¡Gracias! —le dijo Isaac a Oscar antes de ver los dos paquetes envueltos en licras de colores que había en el suelo.

Oscar asintió a su amigo y luego realizó varios sellos con los que lanzó una bola de fuego a cada uno de los paquetes, desintegrándolos en cuestión de instantes.

—¿Les dolería? —preguntó Isaac.

—Seguro que sí —respondió Oscar mientras miraba las quemaduras que quedaron en el suelo, tras desaparecer aquellas “armas eróticas” —. Vamos con el resto.

Oscar e Isaac fueron corriendo hasta el patio justo para ver como caía sobre la piscina una especie de enorme pepinillo negro.

—¿Todavía estáis así? —preguntó Oscar tras ver a Alejandro con la mano apuntando hacia aquel pepinillo.

Adrián hizo varios sellos y por sus manos lanzó una lluvia de agua a presión con la que acribillo el pepinillo del agua, hasta que tan solo quedo algo negro y sin relleno sobre el agua. Alejandro, por su cuenta, desintegró los otros tres rábanos que había con una fuerte concentración cortante que ejerció sobre ellos.

—Ha sido un poco fácil, pero parece que nos hemos librado de ellos.

Entre tanto, una forma corpórea y encapuchada aparecía sobre el tejado y se ocultaba tras una chimenea, observando a los hechiceros.

—Bien, volvamos a casa.

Todos se cogieron de Alejandro y éste les fundió con el viento.

Los cuatro reaparecieron en el salón de su casa donde el element del viento mostró una ligera muestra de cansancio.

—Uff, mucha energía.

El element del viento sacó un frasco de un bolsillo de su uniforme y se lo tragó.

—¡¿Una poción revitalizante?! No sabía que las llevabas —afirmó Adrián.

—Sí, las llevo por si me debilito. Deberíais de llevarlas también —comentó el hechicero del viento.

—Bueno, creo que voy a ir a darme una ducha.

Oscar empezó a caminar hacia las escaleras que llevaban a las habitaciones pero entonces y ante él, apareció aquella figura encapuchada.

—Por fin te encuentro, hechicero del fuego.

Aquella figura apuntó a Oscar con su mano liberando una descarga de rayos con la que el hechicero salió disparado, traspasando un ventanal con el que llegó sobre el hormigón del aparcamiento.

—¡¡Oscar!!

Alejandro se fundió con el viento reapareciendo junto a Oscar, a quién encontró en el suelo soltando algo de sangre por la nariz. Entre tanto, Isaac y Adrián dieron la vuelta a la esquina del salón y Adrián no tardó en lanzar agua a presión por su mano tras un rápido sello; pero aquel tipo hizo un ademán de mano con el que logró desviar el agua logrando abrir un boquete en la pared.

—Vuestros trucos de salón no tienen nada que hacer contra mí.

Aquel encapuchado lanzó una nueva descarga de rayos con la que Adrián fue lanzado con violencia por el mismo agujero que dejó Oscar.

—¡¡Adrián!!

Isaac le devolvió la mirada al encapuchado justo a tiempo para ver cómo le golpeaba una esfera de energía, que hizo que su cuerpo se convirtiera en una estatua de piedra.

—¡Chicos! ¿Estáis bien? —preguntaba Alejandro mientras que Oscar y Adrián comenzaban a incorporarse.

—Ese tío golpea duro —respondió Oscar justo antes de ver a aquel encapuchado, salir por el hueco de la ventana y comenzar a caminar hacia

ellos.

—Llevo tiempo esperando encontrarte, hechicero, y ahora vendrás conmigo —decía aquel encapuchado.

—¡De eso nada!

Alejandro hizo un rápido sello con el que lanzó un fuerte vendaval contra el encapuchado.

El encapuchado extendió su mano hacia el viento y logró absorber todo el aire en la palma de su mano.

—¡Fuera de aquí!

Aquel encapuchado liberó todo el aire en forma de onda concentrada, que golpeó a Alejandro lanzándolo por los aires.

Entonces, una bola de fuego alcanzó su costado haciendo que la túnica se prendiera. Sin embargo, aquella túnica se desprendió del cuerpo que tapaba, salvándolo de las llamas. El tipo que vieron fue a alguien luciendo cuero negro en forma de pantalón y peto sin mangas; parecía ropa de estilo medieval.

—Reconozco que eso estuvo mejor —asintió aquel tipo —. Pero yo vengo de un mundo donde no hacen falta los sellos y allí es donde te llevaré, element del fuego.

Adrián comenzó a disparar proyectiles de agua, pero aquel brujo extendió su brazo hacia él, liberando una descarga de rayos con la que electrocutó a Adrián aprovechando el agua que estaba lanzando, hasta que al final el element salió lanzado y cayendo desmayado sobre un coche.

—Si pudiera usar todo mi poder… —pensaba Alejandro mientras volaba por encima de ellos, pensando en que hacer y mientras veía cómo Oscar lanzaba bolas de fuego que aquel brujo iba desviando.

—¡Haz tu runa al aire!

Una misteriosa voz sonó en la cabeza del element.

—¡¿Mi runa?! ¡Mi runa!

Alejandro probó a dibujar una runa en el aire; una runa con la apariencia del símbolo del viento. Al terminar, el símbolo del viento comenzó a brillar en el aire rodeándose de un círculo luminoso. El hechicero probó a cruzar aquello y, al pasar al otro lado, lo hizo con su ropa reconvertida en el

ceñido mono de licra negro y plateado desmangado.

Oscar, entre tanto, se encontraba lanzando bolas de fuego contra aquel enemigo, que seguía usando sus manos para desviar el fuego.

—No lo pongas más difícil hechicero —dijo aquel tipo justo antes de verse golpeando por una repentina y fuerte masa de aire que le hizo salir disparado.

—¡¡Jandro!!

El element del viento aterrizó frente al hechicero del fuego, colocándose en posición de combate.

—Tranquilo, Oscar. Yo me encargo —susurró el rubio justo antes de ver como se acercaba una descarga de rayos.

Alejandro lanzó por su mano una nueva bocanada de aire que frenó el avance de aquella descarga, logrando desviarlos finalmente y logrando incluso que alguno de esos rayos golpeara al propio brujo, abriéndole alguna que otra herida.

—¡Mierda! Veo que has logrado despertar tu emblema, element —le dijo el brujo mientras llevaba la mano a su herida, de la que aterrizaba en el suelo —. Esta vez te has salvado, hechicero; pero muy pronto regresaré y esa vez no te salvaras.

Detrás de aquel brujo se abrió un portal mágico; un portal a través del cual parecía verse el interior de un curioso palacio, en lugar de verse un simple agujero de gusano. El brujo se impulsó hacia atrás logrando huir por el interior de aquel portal.

—¿Quién coño será ese? —preguntó Oscar justo mientras que Isaac se despetrificaba y se reunía con el resto.

—¡¿Qué ha pasado?! Ese tipo me petrificó.

—Intentó llevarse a Oscar, pero logré hacerlo huir con el poder de mi emblema —respondió Alejandro.

—¡Bien hecho! —le felicitó el element de la tierra mientras ponía su mano sobre el hombro desnudo de Alejandro.

—¡¡Adri!!

Oscar fue corriendo hasta su amigo, quien se encontraba desmayado, y luego hizo varios sellos antes de poner sus brillantes manos sobre el

cuerpo de su amigo.

Adrián tardó unos instantes, pero en seguida logró despertar de esa inconsistencia que tuvo.

—¿Y el brujo? —preguntó el moreno.

—Ha huido —respondió Oscar —. Pero creo que volverá. Seguramente lo haga con refuerzos; cuando se recupere de la herida que le hizo Alejandro.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Alejandro.

—Está claro, ¿no? —respondió Isaac —. Nos prepararemos para cuando vuelva. No dejaremos que toque a Oscar. ¿Para qué te querrá?

—Solo hay una cosa por la que el enemigo podría necesitarme. ¿Habéis oído hablar de la bruja Yadis?

—¡No fastidies! —exclamó Adrián.

—Me quiere para romper el sello que encierra a Yadis. Pretenden liberarla y, creerme, lograr sellarla fue algo de pura potra. Su poder es terrible. No podemos permitir que la liberen.

En un enorme palacio integrado en el interior de una alta montaña, alrededor de la cual volaban algunos dragones de paso, aquel brujo aliviaba su herida usando el agua de una pequeña fuente. La sala en la que se encontraba era una sala de piedra con un balcón, al que se llegaba tras tres arcos abiertos.

—Veo que tu plan ha funcionado.

Una voz siniestra comenzó a escucharse en toda la sala.

—Así es, maestro. Aunque pienso que igual hubiera sido mejor si me lo hubiera llevado, el cebo finalmente ha sido colocado.

—¿Crees que picarán? —preguntaba aquella voz mientras que el brujo se sentaba en su cómoda cama.

—Saben que voy a por uno de ellos. Los oráculos seguro que deciden

enviarlos a allí.

—Esperemos que sea así, Maverick. La sangre de ese element del fuego es necesaria para liberar a mi amada. Solo ella puede encontrar las lanzas del destino.

—Descuida, maestro. No fracasaré —afirmaba el brujo mientras se quitaba el peto, para poder limpiarse mejor la herida y lograr que se terminara de cerrar.

Al quitarse el peto, en su pecho podía verse dibujado el símbolo de un relámpago.